

¡PEOR QUE ASESINAR...!

ADA CORETTI


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

222 — Un diablo suelto, *Clark Carradas*.
223 — Un dulce hogar en el infierno, *Silver Kane*.
224 — El espectro de Farmoor, *Kelltom McIntire*.
225 — El espejo del mal, *Burton Hare*.
226 — ¡Mata al que te quiere matar!, *Clark Carrados*.

ADA CORETTI

¡PEOR QUE ASESINAR...!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 227
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 20.614 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Los gritos desaforados de la condesa Maylor estaban llegando hasta todos los rincones de aquella regia y señorial mansión. Una mansión que parecía alzarse, desafiante, sobre el bravío acantilado.

Y los gritos de la pelirroja condesa Maylor resultaban sobradamente elocuentes y significativos. No, no cabía dudarlo: estaba rematadamente loca.

Así, en efecto, acababa de confirmarlo el doctor Walter Howard, alto, fuerte, de unos veintiocho años, pero llevando lentes de gruesos cristales para compensar su acusada miopía. Quien, tras cierto embarazoso carraspeo, había terminado diciendo:

—Hay que encerrarla cuando antes en una clínica psiquiátrica. El diagnóstico no da opción, desgraciadamente, a ninguna otra alternativa.

Cuando fueron pronunciadas estas palabras, en la estancia se hallaban reunidas cuatro personas.

El tío Edward, un anciano de cabellos muy blancos, de aspecto enfermizo, enjuto, con profundas ojeras.

La tía Grace, de edad muy análoga a su esposo, cuyas pupilas reflejaban un no sé qué de desconfianza.

El primo Mike, de estatura corriente, de rasgos normales, siempre vacilante e impreciso en sus ademanes, tal vez eclipsado en todo momento por la fuerte personalidad del conde Maylor.

Y el conde Maylor, de unos cuarenta y cinco años, ancho de espaldas, fuerte, de facciones duras, cuyos ojos mostraban en ese momento una mirada iracunda.

—¡Tiene que haber otra solución, doctor! No quiero llegar a tales extremos. Mi hija, Geraldine, necesita aquí a su madre.

—Permítame decirle que no comparto su opinión, conde Maylor —sonó reposada la voz del doctor Walter Howard—. A su hija no le resulta beneficiosa, sino francamente perjudicial, la presencia de su madre...

—Mi hija la adora.

—Adora a una madre cuya razón se ha extraviado. Una madre que, de no tomar nosotros tajantes y rigurosas precauciones, puede incluso atentar contra su propia hija. O contra cualquiera de ustedes. Cabe, también, que contra ella misma.

—Pero hágase cargo, mi hija la echará a faltar y entonces, ¿cómo explicarle...? Usted sabe perfectamente, doctor, que Geraldine no es normal... Es una retrasada mental... Su cerebro da muy poco de sí...

—Lo sé, y me hago cargo de su preocupación. De todos modos, aun así deberá afrontar los inconvenientes mayores o menores que puedan ir surgiendo. Ya se lo he dicho, no queda otra alternativa que internar a su esposa en una clínica psiquiátrica.

El conde Maylor, finalmente, mascculló entre dientes:

—Bien, doctor. Se hará.

Acto seguido, el doctor salió de la estancia. E instantes después, lo hacía de la mansión, ante cuya puerta principal había dejado detenido su coche.

—¿Tenéis algo que objetar...? —con tono duro, brusco, el conde Maylor acababa de inquirir a los allí reunidos.

—No, nada —dijo tío Edward.

—No, nada —repitió tía Grace.

—Si es inevitable encerrarla —repuso el primo Mike—, ¿qué otra cosa puedes hacer? Sólo resignarte y...

Dejó la frase sin concluir. Se había abierto la puerta, apareciendo la hija del conde Maylor, Geraldine, una joven de unos veintidós años, flaca y pálida, que sonreía de un modo estúpido.

—Ya se ha ido, papá... Le he visto por la ventana... —se había acercado a ellos, mientras se iba retorciendo las manos, en gestos torpes y embarazosos.

—¿A quién te refieres, hija? ¿Al doctor...?

—Sí, papá —y ampliando su sonrisa—: Es muy arrogante, y muy guapo... Cuando sea mayor, me casaré con él, ¿qué te parece? ¿O ya soy mayor, papá? No sé...

—Ya hablaremos de esto en otro momento, Geraldine —y sin transición, con una profunda arruga cruzándole la frente—: Dime, ¿sabes dónde está ahora tu madre?

—Hace poco estaba en la sala de música, junto al piano —respondió la aludida—. Se reía mucho, parecía muy contenta... Pero, de pronto, se ha enfadado porque el piano sonaba mal...

Sin más, el conde Maylor fue en busca de su esposa.

Pero en la sala de música no la encontró.

La buscó por la biblioteca, salón, comedor v demás estancias colindantes, pero sin resultado positivo. No, no aparecía por ninguna parte.

—¡Demonios! ¿Dónde se habrá metido...?

En aquel preciso momento, un rayo rasgó violentamente el cielo encapotado, cerrado, y su resplandor pudo más, por unos instantes, que la negra oscuridad de la noche.

Una noche inquietante, tenebrosa, que se había echado encima de la mansión, como si quisiera estremecer los ánimos de quienes vivían bajo su techo, de quienes, en conclusión, no se sintieran muy seguros de sí mismos.

De ello, quizá, que el conde Maylor experimentara ahora un extraño desasosiego. Algo que no había sentido nunca. Algo que, realmente, no terminaba de encajar con su fuerte y dura personalidad.

—¡Margaret! ¡Margaret! —gritó el conde Maylor.

El desasosiego le iba en aumento, más y más, conforme llamaba a grandes voces a su esposa, y ésta no le respondía.

Había empezado a llover. Al principio, unas gotas, ahora, torrencialmente.

—¡Margaret! ¡Margaret!

La lluvia azotaba los cristales con tal fuerza, que era como si quisiera romperlos, mientras los rayos se repetían con machacona insistencia. Los

truenos ensordecían el ambiente.

De pronto, la mansión quedó totalmente a oscuras.

Y el conde Maylor tuvo miedo. Un miedo inconcreto e impreciso.

Sabía que entre aquellas paredes estaba una loca... Y esa loca, que era su esposa, podía haber oído lo que poco antes había dicho el doctor Walter Howard. De ello que, asustada, atemorizada, se hubiera tal vez escondido. Así no podrían encerrarla en un manicomio.

Tenía que dar con ella, en seguida. En tales condiciones, era peligroso, demasiado peligroso, tenerla suelta.

Pero se habían apagado las luces. Eso iba a dificultar su tarea. Eso iba a complicarlo todo.

Los rayos seguían cayendo insistentemente. Como si quisieran vengarse y castigar las ruindades de la tierra.

Bueno, le bastaría la luz de los relámpagos que, a intervalos, llenaba las estancias de un resplandor violáceo, para localizarla...

El conde Maylor siguió adelante, buscando a su esposa.

Pasó por la galería de cuadros. Nada, tampoco estaba allí.

Siguió por la sala de trofeos de caza, armaduras, blasones y armas...

* * *

Y sí fue en la sala de armas donde finalmente encontró a su esposa, medio acurrucada en una esquina, con el rojizo cabello en completo desorden. Llevaba un vestido blanco, con volantes.

—Margaret, ven... No te escondas... Nadie va a hacerte daño...

Pero no se acercaba. Esperaba el resplandor de un nuevo rayo. Mientras reinara la casi absoluta oscuridad entre ellos, prefería mantener una prudencial distancia.

—Soy Paul, tu marido... De mí no debes temer nada... Anda, acércate... Sé buena...

Llegó el resplandor deseado. Pero antes de que el conde Maylor diera el primer paso, lo dio su esposa.

Se levantó casi de un brinco, cogió una cortante cimitarra que había colocada de adorno en la pared y, blandiéndola con furia, se lanzó hacia su marido. Y antes de que éste pudiera impedirlo, hizo caer su filo sobre su mano derecha.

Un grito de terrible, de pavoroso dolor, salió de los labios del conde Maylor.

Su mano derecha había quedado amputada, yendo a parar a más de dos metros de distancia. Quedó el muñón sangrante...

De nuevo se alzó en el aire la cimitarra, y otra vez cayó, contundente e implacable. Esta vez sobre la mano izquierda del conde Maylor.

Un nuevo grito de espantoso dolor. La mano izquierda había quedado siniestramente segada. Ya eran dos los muñones sangrantes...

La condesa Maylor se escapó de allí precipitadamente. En medio de su desvarío, de su demencia, de su locura, ¿se había dado cuenta, acaso, de lo que había hecho?

Como fuera, huyó, no sólo de aquella estancia, sino también de la mansión. Huyó precipitadamente.

Al poco la vieron y la siguieron, todos, incluso el propio marido, a punto de desvanecerse, sí, pero teniendo la voluntad precisa para soportar el espantoso dolor que le aquejaba. Blandía sus brazos sin manos, chorreando sangre, en un gesto patético:

—¡Las locas como tú deben morir...! ¡Morir!

Tío Edward y tía Grace, así como el primo Mike, se hallaban horrorizados. Y, francamente, no había para menos.

—Déjala estar... —dijo Mike a su primo, el conde Maylor—. Iremos nosotros tras ella.

—Sí, ya vamos nosotros —añadió tío Edward.

Querían, ante todo, que pensara en sus terribles heridas. Pero no, el conde Maylor no quería conceder atención a lo que ya fatalmente no tenía remedio.

El conde Maylor sólo deseaba dar alcance a su esposa y matarla... No sabía cómo lo haría, ya que estaba sin manos, pero no la dejaría con vida. De eso estaba seguro.

La condesa Maylor, a quien vieron un par de veces correr entre el bosque que se extendía a la derecha de la mansión, bajo la incesante lluvia, llevaba alzada la cimitarra. Debía dirigirse hacia el pabellón de caza, una pequeña edificación que se hallaba situada a un par de millas de allí.

Pero, por lo visto, cambió de idea y entonces se dirigió hacia el acantilado...

Sobre una prominente roca, alzó su silueta, que el resplandor de un nuevo rayo recortó lúgubremente. El mar rugía al fondo, realmente ensordecedor.

—¡Arrójate tú o te arrojaré yo...! —le gritó el conde Maylor desde lejos.

La condesa Maylor pareció vacilar un poco. Pero sólo un poco. Dio un paso hacia adelante y se lanzó al vacío.

Cayó desde una considerable altura. Dio contra las rocas, muy cerca de donde rompían, embravecidas, las olas.

Se descoyuntó la nuca y murió en el acto.

CAPITULO II

Habían transcurrido varios meses desde tales acontecimientos.

Unos meses durante los cuales el doctor Walter Howard poco más había sabido del conde Maylor y de su familia. No fueron requeridos sus servicios como facultativo.

Sin embargo, el doctor Walter Howard se enteró, por un colega, de que Geraldine, la hija subnormal del conde Maylor, había sufrido una caída, fracturándose la tibia de su pierna derecha. Hecho que había sucedido poco antes de que su madre se suicidara arrojándose por el acantilado. De todos modos, había sido una rotura sin complicaciones, de la que pronto había estado repuesta.

Aquel mediodía, con gran sorpresa por su parte, el doctor Howard recibió una tarjeta de invitación.

> «...Para la fiesta que se llevará a efecto con motivo del compromiso matrimonial del conde Maylor con la señorita Juliet Resmer.»

El doctor Walter Howard se quedó aturdido, desconcertado. Tuvo que releer la invitación para convencerse de que sus ojos, miopes, no le habían engañado.

Conocía a Juliet Resmer. Era la mujer que hubiera considerado menos apropiada para un hombre del carácter fuerte, violento, del conde Maylor. La menos apropiada para un hombre que ahora, además, contaba con el grave inconveniente de tener que soportar una terrible deficiencia física.

Juliet Resmer había sido su novia. Se habían conocido, se habían gustado, y la cosa iba bien entre ellos. Lo suficientemente bien para que él, a pesar de ser tímido e indeciso por naturaleza, optara por empezar a hacer planes para el futuro.

Pero el idilio no llegó a mayores porque cierto día el doctor Walter Howard se encontró casualmente con un amigo, y éste le puso al corriente de la clase de muchacha que era Juliet Resmer.

En Londres había trabajado de corista. La sacó de los escenarios un fabricante de chucherías, del que fue su querida durante una temporada. Después se hizo modelo publicitaria y conoció a un fotógrafo, casado, con el que mantuvo relaciones íntimas, que desembocaron en un escándalo mayúsculo. Seguidamente, ya allí, en la pequeña ciudad de Pestyllan, le había llegado el turno a un jovencito, un tal Joe Kenddal, del que se aseguraba que Juliet Resmer se había encaprichado como una verdadera tonta. Joe Kenddal tocaba en una orquestina.

—Seguro que sigue con él, con Joe Kenddal —le dijo el amigo—. Debe verse con él, así que se aleja de tu lado.

La vigiló, y comprobó que su amigo no le había engañado en nada.

Cuando el doctor Walter Howard fue al encuentro de la muchacha, y le recriminó sus mentiras, sus falsedades, ella no se inmutó. Se echó a reír en su cara, y le confesó que no lamentaba demasiado perderle, que ya se le presentaría alguna otra buena oportunidad. Estaba plenamente convencida de que, antes o después, llegaría a ser toda una señora, y muy rica.

Desde entonces, no había vuelto a verla.

Y ahora iba a casarse con el conde Maylor.

Si no hubiera conocido bien al conde Maylor, aquella circunstancia no le hubiera apenas afectado, pero conociendo sobradamente lo violento de su carácter, lo irascible de su personalidad...

* * *

De todos modos, él no tenía por qué preocuparse de todo aquello. A él no le correspondía inmiscuirse en nada. Era cuestión de ellos.

Volvió a releer la invitación. Esta vez de un modo bastante maquinal.

Después, se acercó a la ventana de su despacho de consulta v miró al exterior.

Su casa estaba situada en el mejor lugar de la pequeña ciudad, Pestyllan. Desde aquella ventana, se dominaba una de las calles principales, con su paseo en el centro, bordeado de árboles, que ahora, dada la inclemencia del tiempo, mostraban frías y desnudas sus ramas.

En las afueras, a unas ocho millas, estaba la mansión del conde Maylor.

Decidió no acudir a aquella fiesta. Con cualquier excusa...

Sin embargo, llamaron a la puerta en aquel preciso instante, y el doctor Walter Howard fue a abrir. La asistenta no estaba en aquel momento; había ido a hacer unas compras.

—¿Tú...? —se sorprendió al abrir la puerta.

Allí estaba Maxim, su hermano gemelo. Una visita verdaderamente inesperada.

—Yo, sí —y le dio un abrazo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a descansar unos días a tu lado, si es que no te estorbo.

—¡Qué cosas tienes! Tú no puedes estorbarme nunca. Pasa, adelante, ésta es tu casa...

Físicamente eran iguales, idénticos. Pero Maxim no tenía miopía, por lo que, claro está, no llevaba lentes. Maxim tenía, por el contrario, una vista de lince. Además, Maxim estaba acostumbrado al ejercicio, al deporte, y su cuerpo poseía mucha más ligereza y elasticidad. Pero salvando tales pormenores, lo dicho, eran iguales, idénticos.

Maxim trabajaba en Londres. Era detective privado de protección. Le iba tan bien, que ganaba cien veces más que su hermano, que siempre se había devanado los sesos estudiando.

Cuando el doctor Howard, poco después, le habló a su hermano del conde Maylor, de todo lo sucedido y de la invitación que acababa de recibir, e iba a rehusar, Maxim no tardó ni medio minuto en decir:

—Si no quieres ir tú, iré yo. Eso de husmear donde nadie me llama, es una de mis debilidades... Nada, allí me tienes ya... —y puntualizó—: Nadie debe saber que tienes un hermano gemelo, ¿no es eso? —y como viera que denegara—. Pues estupendo... Me explicas quiénes viven en la mansión, cómo son y algunos pequeños pormenores más, y del resto me encargo yo.

—Pero ¿a santo de qué vas a meterte en ese asunto, que ni te va ni te viene? —se sofocó el doctor Howard.

—Sí que me viene —dijo—, ¿no fue Juliet Resmer tu novia?

—Pero rompimos, de eso ya no se acuerda nadie. Todo aquello ya no tiene importancia.

—Pero dado el carácter de él, y el de ella, todo hace presumir que algo va a pasar...

—A nosotros eso no nos importa. Que pase lo que sea, nosotros estamos al margen.

—Prefiero ir...

—Eso es buscarse líos.

—En mi vida no hago otra cosa —se rió.

—Te lo exige tu profesión, no puedes evitarlo. Pero en este caso, que no tiene nada que ver contigo, ni conmigo, pues yo de ella casi ya ni me acordaba...

—Iré, si no te importa —insistió Maxim—. Me parece que va a valer la pena...

—Has venido aquí a descansar —le recordó—. Por lo menos, eso me has dicho al llegar.

—¡Ah, sí, es cierto! Pero, bueno, descansaré mejor después de averiguar qué pasa allí...

—¿Qué quieres que pase...?

—No lo sé, pero el olfato me está diciendo...

Maxim terminó convenciendo a su hermano. En realidad, no le costó. Fue sencillo.

CAPITULO III

Y ya estaba allí, tomando parte de aquella fiesta.

Leopoldo, el mayordomo, le había abierto la puerta, haciéndole una respetuosa reverencia.

Se adentró en los salones. Donde apenas encontró invitados. Lo que en un principio hubo de desconcertarle un poco. Aunque sólo un poco, pues era un hombre siempre preparado a lo más insólito, a lo más inesperado.

Instantes después, vio aparecer ante sí a Juliet Resmer.

Dado como había oído hablar a su hermano de ella, esperaba encontrarse con unos ojos negros, brillantes de triunfo. Esperaba ver una expresión jubilosa.

Pero nada de eso vio. Los ojos negros de Juliet Resmer brillaban, sí, pero era de miedo. De un miedo horrible, escalofriante, que le estaba corroyendo por dentro.

El conde Maylor había saludado a Maxim con afecto, sin darse cuenta del cambió. Al principio, le miró un poco sorprendido, evidentemente, reparando en la ausencia de sus lentes. Maxim, con naturalidad, le dijo:

—He optado por usar lentillas. Queda mucho mejor.

El conde Maylor, seguidamente, le había tendido su diestra, que era un guante negro, relleno de algodón, dentro del cual se acomodaba un garfio de hierro. Un garfio articulado que solía mostrar cuando no había gente extraña a su alrededor.

El contacto de aquella mano tuvo algo de inquietante, de angustioso, por no decir que repelente.

También estuvieron muy amables, con el falso doctor Howard, tío Edward y tía Grace. Y asimismo el primo Mike.

Geraldine también estaba por allí, y le sonrió bobamente. No pronunció ni una sola palabra.

Por su parte, Juliet Resmer le trató con amabilidad, pero hizo como si no le hubiera visto nunca. Así era, por descontado, pero ella suponía otra cosa. Creía sinceramente que se hallaba ante el verdadero y auténtico doctor Howard. Pero no quería dar que decir, así que optó por una actitud discreta.

Llegó un momento, no obstante, en que quedaron a solas en una esquina del amplio salón.

—Walter, ayúdame, por favor... —murmuró entonces, con un terrible desasosiego aleteando en todas y cada una de sus palabras—. Estoy perdida, acombada...

—¿Qué le sucede? —le preguntó Maxim.

—Creo que he estado cavando mi propia fosa...

—¿Sí?

—No, no exagero —el desasosiego de Juliet Resmer era cada vez mayor —. Créeme, Walter... ¿Sabes? Estoy confiando en ti... Tú eres una buena

persona...

—Vas a conseguir todo lo que deseabas —ironizó un poco—. Entonces, ¿de qué te lamentas ahora?

—Paul me asusta... —sus opulentos senos le subían y bajaban con excesiva rapidez, de puro sofocada—. Me asusta terriblemente...

—Pero ¿por qué? —quiso saber algo en concreto.

—El otro día me pegó. Me dio con el garfio en la cara, haciendo que me saliera sangre por la boca y por la nariz... Lo hizo, según dijo, para ofrecerme una pequeña muestra de cómo reaccionará, si le soy infiel... En ese caso, me juró que sería capaz de cometer con-migo una monstruosidad...

—Con serle fiel, como es tu obligación —repuso Maxim—, todo solucionado. ¿O acaso —volvió a ironizar— eso es pedirte demasiado...?

—Sí... —confesó Juliet, de un modo que hubiera resultado desvergonzado en otra ocasión, aunque ahora, empero, sólo tuvo tintes patéticos—. Yo no puedo renunciar a Joe Kenddal...

—Pues no te cases —resumió Maxim, con el aire desenvuelto que solía caracterizarle.

—He querido cambiar de planes, te lo aseguro —tragaba la saliva dificultosamente—. No, ya no puedo hacerlo. Paul no me deja. Me dijo que de él no se ríe nadie. Hazte cargo, Walter, ya sólo puedo confiar en que tú me ayudes a salir de este atolladero.

—Quisiera poder hacer algo por ti...

—Paul me ha dicho que esta noche me quede aquí, ocupando una de las habitaciones de los huéspedes —seguía muy excitada—. Con la excusa de que será ya muy tarde, cuando concluya la fiesta... No sé, pero me parece que busca una oportunidad para vengarse de mí... Debe haberse enterado de que ayer pasé la noche con Joe...

—Creo que estás demasiado nerviosa. Si Paul pensara del modo que supones, no tendría razón de ser esta fiesta...

—Estaba ya organizada, cursadas las invitaciones... Esta fiesta no garantiza nada... Por favor, Walter, sé bueno conmigo... No seas rencoroso, no recuerdes lo mal que me porté contigo... Sí, me porté muy mal, lo reconozco, no merezco disculpa...

—Pero, bueno —quiso resumir Maxim—, ¿tú qué pretendes, en definitiva, de mí?

—Que me ayudes a salir de aquí, de esta casa. No, ahora no es posible, ya lo sé... Pero luego, más adelante, quizá fuera factible hacerlo... Yo sola no me atrevo, pero si tú...

Maxim la miró con fijeza. Comprendió que su miedo era tan auténtico, tan real, que merecía que alguien le tendiera una mano. Aunque sólo fuera por eso

—Esta madrugada, a las tres en punto, estaré esperándote fuera... Si en efecto consideras que debes escapar de aquí, yo te ayudaré a hacerlo. Una vez a mi lado, ya nada deberás temer.

—¡Oh, gracias! Te deberé la vida

—Tanto como eso, no creo —sonrió, queriendo quitar tirantez a la situación.

Pero cuando más miraba a Juliet Resmer, y más se daba cuenta de su enorme miedo, más y más se convencía de que aquella mujer se hallaba, en efecto, en un gravísimo peligro.

No pudieron seguir hablando. Tía Grace, muy enjoyada, se había acercado a ellos.

—Doctor Howard. .

—Dígame, señora...

—Geraldine está triste esta noche —le hizo saber—. Según me ha dicho, desea confesarle no sé qué y no se atreve... Vengo yo a rogarle que, si no es demasiada molestia, vaya usted a verla un ratito...

—Encantado, señora.

—Está ahí...

Maxim, natural, desenvuelto, como si tal cosa, fue al encuentro de la joven, que se había apartado del salón principal y se había refugiado en la sala de música. La encontró junto al piano.

—Hola, Geraldine.

Bastó la voz de Maxim, idéntica a la de su hermano, el doctor, para que se iluminara la expresión de la joven. Respondió, al poco:

—-Hola, doctor. No sé... —le miró medio pestañeando—, le veo distinto. ¡Ah, sí! No lleva lentes... Me gusta más así, mucho más. Se lo digo de veras...

—Querías decirme algo, ¿verdad? —se mostró afectuoso—. Pues aquí me tienes.

—Sí, deseaba decirle una cosa —asintió ella—. Bueno, más bien deseaba hacerle una pregunta.

—Todas las que quieras.

Geraldine tuvo que esforzarse por dejar a un lado su timidez, sus titubeos, su indecisión:

—Dígame, doctor. ¿Juliet es buena?

—Claro que sí, Geraldine —la respuesta había salido rápida, sin hacerse esperar.

—¿Tan buena como era mi madre? —inquirió.

—Sí, sí... Llegaréis a ser muy buenas amigas, ya lo verás. No tienes por qué preocuparte por nada.

—No me preocupo —sonrió, con ese gesto bobo que adoptaba con frecuencia— porque no estoy celosa... Al principio, sí lo estaba, pero ahora ya no... Ahora ya sé que mi padre no la quiere... Dice quererla, pero no es cierto... Yo sé leer en la mirada de mi padre... La verdad es que ahora la odia, hasta la desesperación, hasta el desvarío, y sólo desea destruirla, destrozarla entre sus propias manos... Pero no tiene manos, mi madre se las quitó... —Geraldine, de pronto, se echó a llorar. Pero, al poco, volvió a sonreír y dijo—: Me alegro de saber que Juliet es buena. Yo tampoco soy mala, ¿verdad,

doctor?

—Claro que no, Geraldine.

Cuando ya hubo finalizado la fiesta, sería ya casi 'media noche, Maxim se dispuso a marcharse de la mansión. Juliet Resmer, según lo acordado, iba a quedarse allí.

Fue al despedirse cuando ella le dirigió aquella mirada desolada. Parecía la de un náufrago que busca, al límite de sus fuerzas, una tabla de salvación.

Pero Maxim la tranquilizó con la suya, que decía:

> «A las tres en punto estaré esperándote. No faltaré. Yo nunca falto a mis citas.»

* * *

Cuando llegó a la casa de su hermano, éste le esperaba, un poco inquieto, otro tanto expectante.

—¿Y qué...? Total no pasa nada, ¿no es eso?

—Sí pasa —dijo él.

—Bueno, cuenta...

Se lo contó en pocas palabras.

—¿Y vas a tener en cuenta todo lo que ella haya podido decirte? Si la conocieras mejor, sabrías que es una liosa y que...

—Si hubieras visto con qué tono y en qué forma me ha hablado, no dudarías, en esta ocasión, de su sinceridad.

—Pero su miedo es exagerado. Si se porta mal, y el conde Maylor se entera, pues divorcio a la vista... Esto será cuanto suceda, sin exagerar...

—Yo no lo veo tan sencillo; de eso que me haya ofrecido a ayudarla un poco.

—Bueno, tú verás lo que haces. Yo no quiero saber nada. Esto es cosa exclusivamente tuya.

—Tranquilo. Yo cargo con toda la responsabilidad —y añadió—: A propósito, como de aquí a las tres falta aún mucho, me voy a dar una vuelta por algún night- club. ¿Vienes? —ofreció.

—No, tengo que estudiar...

Maxim se sabía la respuesta de memoria. Se la venía ofreciendo desde que empezaron a vestir pantalones largos. ¡Qué iguales eran físicamente y qué diferentes en todo lo demás! Lo cierto es que él, Maxim, de estudiar, nada, menos aún que eso. En cuanto a ir a pasarlo bien, con buenas compañías al lado, todas las veces que se presentara la ocasión, no faltaría más.

—Bueno, pues me voy solo. Hasta luego.

—Adiós.

CAPITULO IV

Aquel night-club era un local agradable, moderno, donde merodeaban las chicas guapas con pocos escrúpulos.

Ya adentro, junto a la barra, una muchacha morena, de ojos rasgados, se le quedó mirando con descaro, con impudor. Llevaba un vestido de color plateado, muy ceñido. Ponía las manos en la cadera, y éstas las hacía oscilar provocativamente.

—Buenas noches, guapo. ¿Me invitas a una copa?

—Sí, monada... —respondió Maxim.

Pero Maxim estaba pensando en que si allí había una chica que fuera verdaderamente una monada, ésta era la muchacha encargada del guardarropía. Era rubia, de ojos azules, y daba la sensación de ser un verdadero ángel. No parecía aquél su sitio. Ni mucho menos.

Mientras Maxim estuvo en una mesa hablando con la muchacha morena, de ojos rasgados, de traje plateado, muy ceñido, se giró varias veces hacia la puerta de entrada, donde, a través de una cortina de terciopelo rojo, se veía parte del guardarropía.

—Me llamo Glenda Farr —le había dicho la muchacha morena, de ojos rasgados—. Hace un par de años que trabajo aquí. Estoy ya cansada de todo esto... El día menos pensado me largaré para no volver más... Encontraré un hombre que me ponga un piso, y ya todo será distinto...

Maxim no le había prestado mucha atención.

—Oye, ¿por qué te giras tanto? ¿Es que te gusta Rosemary, la chica que atiende el guardarropía? ¡Pues entérate, no está para ti! ¡Ni para ti ni para nadie! ¡Ni siquiera para el dueño de todo esto...! —Se encogió de hombros con gesto displicente—. Es una tonta... No quiere hacer lo que hacemos las otras, está llena de miramientos, de escrúpulos... Se está dejando pasar una buena ocasión, y quizá después la busque y no la encuentre... Que me lo digan a mí...

Cuando Maxim salió del local, tras haber hecho una buena consumición para dejar contenta a la muchacha del vestido plateado, muy ceñido, coincidió, ya en la puerta de salida, con la muchacha del guardarropía, que a su vez se iba también.

—No te preocupes, Rosemary —acababa de decirle su compañera—, yo haré el trabajo por ti. Que te mejores, que se te pase el dolor de cabeza. Hasta mañana.

—Hasta mañana, y gracias.

Maxim salió tras ella.

Ella se fue hacia la parada del autobús. Se quedó allí, quieta, bajo la luz de un cercano farol, a la espera de que llegara el vehículo. No había reparado en él.

—¿Puedo llevarte en mi coche? —le preguntó Maxim, haciéndole notar su

presencia.

Ella se volvió.

—No, gracias —respondió, y dejó de mirarle.

—Soy doctor —repuso Maxim, tomándose por lo visto muy en serio su nueva personalidad—. Si aceptas mi invitación, durante el trayecto te diré lo que tienes que tomar para que se te quite el dolor de cabeza.

Lo dijo con naturalidad, con simpatía, y la muchacha esbozó una sonrisa. Un poco a pesar suyo, pues no le gustaba dar pie a que la creyeran lo que no era.

—¿Has tomado ya una aspirina? —Preguntó Maxim—. Supongo que sí, es lo primero que se toma... Bueno, en ese caso...

Llegó el autobús.

Rosemary subió así que se abrió la puerta.

Y cuando el vehículo arrancó, Maxim se quedó solo, en la acera. Se quedó pensando que no era frecuente que una mujer no cayera en sus brazos, de buenas a primeras.

* * *

Un miedo incontenible había inducido a Juliet Resmer a huir de la mansión...

No se había visto capaz de esperar a las tres, la hora convenida. Había perdido los nervios.

No había podido soportar por más tiempo aquella intensa tensión que la dominaba. Por lo que abrió sigilosamente la puerta del dormitorio que le habían destinado, y salió al pasillo, descendiendo lentamente por la alfombrada escalera que conducía a la planta baja.

Había llegado ya al vestíbulo cuando le pareció oír el ruido de unas pisadas. Unas pisadas que la seguían.

Asustadísima, retrocedió...

Y se le ocurrió huir por la puerta de servicio. Es lo que hizo, en una carrera sofocada, vertiginosa, como si la persiguiera el mismísimo demonio.

Pero apenas se hubo alejado unos cien metros de la mansión, se detuvo, ya más serena, más calmada, diciéndose que sin duda aquellas pisadas que creyó oír, siguiéndola, sólo habían sido producto de su alterada y calenturienta imaginación.

Y ahora estaba ya en el bosque.

A salvo.

Así, al menos, lo creía.

Pero, de pronto, un grito ahogado salió de sus labios. Un grito que rasgó su garganta, dejándosela casi inarticulada.

Entre los troncos de los árboles, el follaje de sus ramas y las sombras intensas de la noche, habían surgido dos brazos sin manos, suplantadas éstas por dos garfios.

—¡Paul! —gimió.

El hombre se iba acercando a ella de un modo lento, pero terriblemente amenazador.

Juliet Resmer, paralizada por el espanto, no acertaba a moverse. Sus pies se habían clavado inexorablemente en aquel trozo de tierra.

No, no podía apartar su mirada aterrada del rostro lívido del conde Maylor, ni, sobre todo, de sus manos inexistentes, es decir, de aquellos dos garfios que se alzaban en el aire como si quisieran hablar.

—He salido a dar una vuelta, Paul —tartamudeó—. No supongas otra cosa. Sólo he salido a eso, a respirar un poco de aire...

Algo la aterró aún más. El garfio de la mano derecha se había metido en el bolsillo de la americana, sacando una botella, cuyo tapón arrancó bruscamente el otro garfio, el del brazo izquierdo. ¿O acaso, debido a la oscuridad de la noche, no lo había visto bien?

Sí, sí, allí estaba aquella botella conteniendo un líquido...

¡Dios de los cielos, podía ser vitriolo!

—¿Qué es eso, Paul...? Por favor, dímelo... Dímelo... No quieras asustarme...

Aún estaba a varios pasos de ella. Pero los adelantó, y entonces, en un gesto rápido, brusco, arrojó el contenido de la botella sobre el rostro de la muchacha.

Decir que Juliet Resmer gritó, sería poco. Decir que lanzó un alarido desgarrador, también sería dejar corta la expresión. Lo cierto es que aulló de un modo inhumano, bestial, dantesco. Faltan palabras para dar la medida exacta de lo que fue aquel terrorífico sonido de voz.

Al contacto con el líquido, su rostro había hervido, se había encogido, se había arrugado horriblemente. En pocos instantes, quedaron totalmente destrozadas sus facciones.

Pómulos, frente, Orejas, párpados, encías, todo cayó bajo el poder destructor, aniquilador, de aquel líquido.

—No..., no.. —gimoteó Juliet, en el paroxismo del dolor.

Pero ni para gimotear tenía fuerzas ya.

Sintió que le flaqueaban las rodillas, que se le doblaban, que todo se ennegrecía intensamente a su alrededor. Que hasta el bosque y el follaje, hasta los garfios de hierro, hasta la maldita botella ahora vacía, desaparecían de su visión.

Cayó desplomada. Un desvanecimiento piadoso.

Pero había de llegar, desgraciadamente, el fatal e inevitable momento de volver en sí...

CAPITULO V

Se dio por descontado que Juliet Resmer había abandonado al conde Maylor antes de que sus relaciones siguieran adelante.

Tesis que corroboró el propio interesado, con éstas o parecidas palabras:

—Me lo estaba temiendo. Hacía ya días que Julie! miraba demasiado horrorizada mis garfios de hierro, Pero Maxim, claro está, no había podido tragarse la píldora.

Ya cuando acudió a la cita, y Juliet Resmer no compareció, empezó a temerse lo peor. Aunque en aquel momento, como es lógico, no hubiera podido decir exactamente lo que se temía... Pero era algo malo, por descontado que sí.

Luego, al darse cuenta de que la muchacha no aparecía por ninguna parte, comprendió que, por ella, desgraciadamente, ya no podía darse mucho más de un simple chelín.

Su hermano acababa de decirle:

—Todo esto me gusta tan poco que me voy de Pestyllan por unos días. Tenía que ir a ver a tía Elisabeth, así que voy a aprovechar la ocasión. Es lo mejor, ¿no crees? Así te dejo el terreno libre... Si me quedo en seguida se darán cuenta de que somos dos... Bueno, toma las llaves de la casa...

—Gracias —y Maxim sonrió por el miedo que estaba pasando su hermano, ya sin necesidad de más.

Le había bastado y sobrado con lo que él le había estado contando.

Pero, una vez que su hermano se hubo ido de Pestyllan, Maxim no tuvo ocasión de darle muchas más vueltas a aquel asunto. Le faltó materialmente el factor tiempo.

Del modo más rápido e inesperado, había recibido, bueno, su hermano, una nueva invitación.

> «...para la fiesta que se llevará a efecto con motivo del compromiso matrimonial del conde Maylor con la señorita Glenda Farr.»

La nueva «elegida» era la muchacha morena, de ojos rasgados, de vestido plateado, muy ceñido, que él conoció aquella noche en el night-club.

Naturalmente, cómo no, Maxim quedó ansioso porque llegara el día de la fiesta.

Una fiesta que, en todo y por todo, le iba a causar la sensación de estar minuciosamente calcada de la anterior.

Para empezar, Leopoldo, el mayordomo, le abrió la puerta haciéndole una respetuosa reverencia.

Glenda Farr apareció elegantemente vestida, pero, como en el caso de Juliet Resmer, en sus ojos brillaba el miedo. Un miedo horrible, que no podía

disimular, que no le cabía dentro, que se le desbordaba.

El conde Maylor le saludó con afecto, tendiéndole la diestra. De igual modo que lo hizo la otra vez. La mano que seguía ofreciendo era sólo un guante negro, relleno de algodón, dentro del cual se acomodaba el garfio de hierro. Por lo que el contacto de esa mano, naturalmente, seguía siendo el mismo, inquietante, angustioso, por no decir algo peor.

Tío Edward y tía Grace, le reiteraron, asimismo, su amabilidad. Y otro tanto puede decirse del primo Mike.

Geraldine también estaba allí y, también, como en aquella otra ocasión, sonreía bobamente.

Llegó la oportunidad que parecía faltar para que, aún más, si cabe, todo aquello fuera copia exacta de la otra velada, de recuerdo tan poco grato.

Glenda Farr y él quedaron a solas en una esquina del amplio salón. Entonces ella se apresuró a decirle:

—Ayúdame... Te lo suplico...

—¿Ayudarte? —inquirió Maxim, a la espera de lo que ella pudiera decir.

—Te conocí en el night-club. Me pareciste una buena persona, sí, lo eres, lo llevas escrito en la cara... Además, se te ve decidido, desenvuelto, valiente... Por eso te pido la ayuda que tanto necesito...

—Sí, te conocí en el night-club. Te recuerdo perfectamente.

—Te dije que estaba harta de aquello —se la veía cada vez más nerviosa, más excitada— que el día menos pensado me largaría para no volver más... Te dije que algún día encontraría un hombre que me pusiera un piso... Casarme con el conde Maylor —añadió, v ahora la saliva se le atragantaba— creía que iba a ser mucho mejor que todo lo que pudiera haber soñado... Pero no, me equivocaba... Y quiero escapar, huir.. ¡Ayúdame!

—Dime lo que sucede.

Glenda Farr consiguió tragar la saliva, pero lentamente, con esfuerzo, con suma dificultad. Finalmente dijo:

—Creo que he estado cavando mi propia fosa.

—¿Queeeé...?

Su expresión había sido análoga, exacta, a la de Juliet Resmer. Ni una palabra de más ni una de menos.

Aquello era para estremecer, para asustar, para sobresaltar a cualquiera. Pero, realmente, Maxim no se asustó, ni se sobresaltó, ni nada por el estilo.

Había acudido a aquella casa, dispuesto a digerir cualquier plato, por fuerte que fuera. De antemano había presentido que iba a necesitar un buen estómago.

—¿Qué es exactamente lo que temes?

—Paul está acomplejado... Terrible y endemoniadamente acomplejado, a causa de esas manos que no tiene... Apenas digo algo, en cualquier sentido, cree que me burlo de él... Ayer dije no sé qué, sin la menor mala intención, te lo aseguro, y me miró con verdadero odio, como si quisiera destrozarme, matarme...

—¿En serio?
—No exagero lo más mínimo.
Maxim estaba convencido de que era así; de ello que, sin más dilaciones, le ofreciera su ayuda.
—A las tres en punto te esperaré fuera, junto al lindero del bosque. Una vez a mi lado, ya no deberás temer nada. Estarás completamente a salvo. ¿De acuerdo?
—¡Oh, sí! —Exclamó Glenda Farr—. Y gracias.
Les interrumpieron, al llegar a este punto.

* * *

Maxim había encendido un cigarrillo, mientras perdía la mirada a través de los cristales de aquel amplísimo y espléndido mirador, desde el cual se dominaba el bravío acantilado.
—Hola...
Se volvió hacia Geraldine, que había llegado a su lado con pasos que no se dejaron oír.
—Hola —respondió.
—¿Le molesto, doctor? —su timidez apenas le permitía alzar la mirada.
—Tú nunca molestas, Geraldine.
—Gracias.
—Dime, Geraldine —pensó que no perdía nada intentando saber qué ideas, más o menos embrolladas, más o menos convincentes, llevaba metidas aquella mente subnormal—, ¿qué opinas de esta fiesta?
—Pues opino —respondió— que todo se parece mucho a la otra vez. Todo es igual.
—¿Sí? —quería que ella siguiera hablando.
—Yo diría que sí... Sí, sí... —se reafirmó en su suposición—. Ya lo verá, doctor, el final será el mismo...
—Explícamelo mejor, Geraldine. Demuéstrame que eres una chica lista —sabía que no lo era, pero sabía, también, que de ella podía partir la pista que estaba buscando.
—Yo quiero parecerle lista a usted, doctor. Quiero... —ahora hablaba con cierto énfasis— que tenga buena opinión de mí. Por eso voy a decírselo todo... Todo...
—Sí, dímelo.
Pero Geraldine miró a través del ventanal, hacia el bravío acantilado, y entonces, acuciada por aquel amargo recuerdo, se echó a llorar desconsoladamente.
—Mi madre se arrojó desde allí... Desde allí... Desde lo alto... Murió desnucada...
Ya no hubo manera de hacerla decir nada más.
Maxim terminó desistiendo de sus propósitos, pues la oportunidad de

sacarle algo en claro había pasado ya. Era preferible darse cuenta de ello. Lo contrario hubiera sido forzar inútilmente una situación que ya no podía dar más de sí.

Llegó el final de la fiesta.

Glenda Farr se quedaba allí aquella noche, en una de las habitaciones de los huéspedes.

Fue entonces, asimismo, cuando le dirigió a Maxim aquella última mirada. Una mirada que, como la de Juliet Resmer, era desolada, y parecía la de un náufrago que busca, al límite ya de sus fuerzas, una tabla de salvación.

CAPITULO VI

Aquella vez, Maxim acudió a la cita mucho antes de lo acordado. Tal vez así saliera todo mejor que en la otra ocasión.

Llovía. Una lluvia muy tenue, pero persistente, que daba la sensación de no ir a acabar. Se había puesto el impermeable, se había levantado el cuello. Estaba dispuesto a esperar lo que fuera preciso.

En la mansión ya no había luz. Todas las ventanas aparecían apagadas, oscuras, cerradas.

De pronto, Maxim oyó un crujido. Como de un pie que pisa hojarasca. Quedó tenso.

Pero el ataque que recibió fue tan rápido y contundente, que no pudo esquivarlo. Antes de darse cuenta, una silueta se había abalanzado sobre él, descargándole con una barra de hierro un brutal golpe en la cabeza.

Se tambaleó, viendo estrellas por todas partes. El golpe había sido tan fuerte que otro, en su lugar, se hubiera quedado desvanecido allí mismo, en el acto. El logró conservar el conocimiento y parte de sus energías, y sacó ¡a automática. Y disparó... La sombra huyó.

El dio unos pasos tambaleante y entonces, sí, cayó sin sentido. Cuando recuperó el conocimiento, un rato después, quedó muy complacido, al darse cuenta de que aún vivía...

Para Glenda Farr había llegado el momento más trágico, horripilante y pavoroso de su vida.

No hubiera sido así de salir de la casa a la hora acordada, a las tres en punto. Aunque con la cabeza muy dolorida por el fuerte golpe recibido, Maxim seguía allí, esperándola. Dispuesto a prestarle la ayuda prometida, que evidentemente necesitaba.

Pero Glenda Farr se impacientó, y huyó de allí antes, quince minutos antes, como mínimo, de lo concertado. Y Maxim no pudo verla salir; estaba aún desvanecido, caído sobre el suelo.

Ahora, Glenda Farr se había dado cuenta de su terrible realidad; de eso que gritara con todas sus fuerzas, hasta agrietar sus cuerdas vocales, hasta destrozar su garganta, hasta que le salió un hilo de sangre por la comisura de su labios. De eso que gritara hasta dejar sin aire sus pulmones, hasta enronquecer. De ahí que gritara hasta el verdadero paroxismo.

Pero todo era inútil.

Estaba ya lejos de la casa. Nadie podía oírla.

Sólo la oía el hombre que permanecía a pocos pasos de ella, con dos garfios en lugar de manos... Garfios que sujetaban una botella cuyo contenido era líquido.

—No, Paul, no hagas esto conmigo... —a ella también le impedía correr el pavor—. No he salido por nada malo... No pretendía abandonarte, te aseguro que no... Sólo quería respirar un poco el aire de la noche... Ya sé que hace

frío, y que está incluso lloviznando, pero me apetecía salir... No, no iba a abandonarte... No lo pienses, por favor...

Paul Maylor estaba en disposición de hacer con ella lo que quisiera. Ya adivinaba lo que iba a ser. Fatalmente lo adivinaba, quedando cada vez más tétricamente clavada en su sitio. Se hallaban como paralizados todos sus miembros.

¡Si tuviera el valor de reaccionar! ¡Si acertara a salir corriendo en cualquier dirección!

Ya era tarde para intentarlo. El líquido de la botella estaba cayendo inexorablemente sobre su rostro.

Un rostro que se encogió y arrugó como un acordeón. Que hirvió como una pócima maldita. Que quedó destruido, carcomido, como si una bandada de cuervos se hubiera cebado allí.

El alarido que salió de aquella mujer, de aquella garganta que parecía ya incapaz de articular sonido ninguno, fue infrahumano.

Pero nadie oyó tampoco este alarido desgarrador.

Sólo el hombre que permanecía a su lado, impasible e impertérrito, y las sombras frías, insensibles e intensas de la noche. Sombras que parecían querer ocultarlo todo, incluso aquella lluvia tenue que daba la sensación de que no iba a parar.

Glenda Farr perdió el conocimiento. Se desvaneció de dolor.

Pero volvería en sí...

Allí, en aquel lugar, se encontraría con Juliet Resmer.

Serían ya dos, pues, a compartir el horror pavoroso y demencial de aquel infierno construido para ellas en la tierra.

CAPITULO VII

Hacía días que a Maxim le cosquilleaba el deseo de ver de nuevo a la muchacha del guardarropía. Se dirigió resueltamente, pues, hacia aquel night-club.

Pero al llegar a aquel lugar, se llevó la desagradable sorpresa de ver que la muchacha no estaba allí.

—Ha dejado de trabajar en este local —le respondió la otra muchacha.

—No lo sabía.

—¿Deseaba algo, señor?

No había clientes por allí cerca, y Maxim aprovechó la circunstancia para deslizar una buena propina sobre el mostrador.

—Dame su dirección —dijo.

—Lo lamento, señor, no la sé. Rosemary ha sido siempre una muchacha muy callada.

—¿Ni haciendo un poco de memoria...? —insistió, volviendo a poner otro billete sobre el mostrador.

—Le aseguro que no la sé, señor.

—Bueno —se impacientó—, dime al menos lo que sepas de ella. Algo sabrás. Si habéis sido compañeras de trabajo...

—Poca cosa sé, señor. Se llama Rosemary Melly, y ha vivido hasta hace poco con su padre, que era cajero de una empresa bastante importante. Pero su padre cometió malversaciones de fondos, y fue detenido. De eso que Rosemary se viera forzada a buscar un empleo; ella, antes, no trabajaba...

—¿Sabes por qué se ha marchado de aquí?

—Ella no me lo ha dicho, pero yo me lo imagino, cómo no —miró a un lado y al otro, asegurándose de que no la oían—. El dueño de este local estaba poniéndose pesado, no la dejaba tranquila... Ya se sabe cómo son estas cosas... Pero, chissss..., yo no le he dicho nada.

Maxim salió del local, con el entrecejo pronunciado.

Un entrecejo que se marcó aún más cuando, al llegar a la casa de su hermano, leyó la nueva invitación que éste acababa de recibir.

> «...para la fiesta que se llevará a efecto con motivo del compromiso matrimonial del conde Maylor con la señorita Rosemary Melly.»

Dio un bote.

Luego reaccionó sin pérdida de tiempo porque, evidentemente, no podía quedarse cruzado de brazos, esperando lo que pudiera o no suceder.

Lo que podía suceder era demasiado horrible para que él se resignara mansamente a aceptarlo como algo inevitable.

Y ya sabía por dónde empezar a encauzar sus pasos. Acababa de tener una

buena idea.

Se dirigió de nuevo, pues, hacia el night-club. Y una vez allí, preguntó por el dueño del local.

—Tengo que hablar con él —le hizo saber al que salió a recibirle. Y añadió con naturalidad—: Soy policía.

El dueño del establecimiento le recibió en seguida. Quería estar bien con la ley.

—Si puedo servirle en algo... —se ofreció amablemente.

No puso en duda la identidad que Maxim expuso, simplemente haciendo medio girar, con desenvoltura, la solapa de su americana.

—Venía a hacerle una pregunta.

—A su disposición.

—El fondo de la cuestión son las malversaciones de fondos efectuadas por el señor Melly —dijo—. Pero ahora se trata, en realidad, de saber si la señorita Rosemary Melly ha dispuesto, alguna vez, a espaldas de la rigurosidad paterna, de algún apartamento particular, íntimo, usted ya me entiende... Como empleada suya, quizá esté enterado...

Sólo pretendía averiguar cuál era el domicilio de la muchacha. Y una forma como otra de conseguirlo, podía muy bien ser ésta.

Lo fue. El dueño del night-club respondió que él no sabía nada, que para él su único domicilio era... calle Stuard 280.

—Lo lamento, no puedo decirle más.

—No se preocupe. Gracias, de todas formas.

* * *

Llamó, pulsando largamente el timbre.

Y tardó poco, apenas unos segundos, en aparecer Rosemary Melly en el dintel de la puerta.

—¿Qué desea?

Maxim respondió con esta otra pregunta:

—¿No me recuerdas?

Ella le miró con más atención.

—No, no le recuerdo... —pero, de pronto—. ¡Ah, sí! Usted es el doctor que me quería recetar contra el dolor de cabeza —había esbozado una tenue sonrisa.

—Me alegro de que no me hayas olvidado del todo.

—No comprendo —dijo la muchacha, con gesto de extrañeza—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué desea?

—Vengo a prevenirte... —se lo soltó de buenas a primeras, considerando que no debían perder el tiempo, que éste tenía una importancia realmente trascendental.

—A prevenirme, ¿de qué? —quiso saber ella.

—Sería mejor que me dejaras pasar. Se trata de una cuestión delicada, y el

rellano de una escalera no es un sitio adecuado...

—Lo lamento —le cortó ella—, pero no tengo por costumbre dejar entrar en mi piso a los desconocidos. Así que si desea decirme algo, tendrá que ser aquí.

—Como gustes. —Bien mirado, era lo mismo. No había nadie—. Estamos solos. Vas a casarte con el conde Maylor, ¿no es eso, Rosemary?

—Sí... —susurró, con una expresión triste en sus bonitos ojos azules.

—¿Estás enteramente decidida a ello?

—Sí, sí... —quiso poner firmeza en su respuesta, pero sin conseguirlo enteramente. Al poco, reaccionó—. Pero, bueno, ¿a santo de qué usted se mete en esto...?

—Ya te lo he dicho, vengo a prevenirte —y sentenció—: Si no te apartas del conde Maylor, correrás un grave riesgo... ¿No te has enterado de que han desaparecido, del modo más misterioso, sus dos anteriores pro metidas? Nadie ha vuelto a saber de ellas.

—¿Qué me está usted insinuando? —el tono de su voz se había hecho un hilo.

—Estoy haciendo algo más que insinuar... Por favor, Rosemary, no seas insensata, y sepárate para siempre de ese hombre...

—Ese hombre —dijo ella, pero su voz seguía débil e insegura— es el más bueno que yo he conocido en mi vida.

—Temo que estés muy equivocada.

—Estoy convencida de que no es así.

—¿De veras estás tan convencida...?

—Sí —afirmó.

—Pero sus dos anteriores prometidas han desaparecido, y nadie ha vuelto a saber de ellas. ¿Quieres algo más enigmático, más terriblemente sospechoso?

—Pero ¿qué es lo que usted deduce de esos hechos, a los que se refiere con un tono tan patético? —Pero era ella la que se estaba poniendo patética, por más que intentara disimularlo.

—Deduzco que...

Pero se oyó que subía el ascensor, y Rosemary Melly se puso a temblar como el azogue.

—Váyase... —le rogó ella, de pronto—. No puedo seguir hablando con usted. De veras, no puedo.

—Pero ¿qué te sucede? —inquirió Maxim.

—Sube al ascensor... Debe ser él... Váyase ahora mismo... No puede encontrarle aquí, hablando conmigo... Es muy celoso... Por favor, hágame caso, váyase...

Sin más palabras, cerró la puerta, pero con precaución, procurando no hacer ruido.

Acción a la que Maxim no se opuso, considerando razonable, por lo demás, colaborar con la muchacha. Así que se apresuró a alejarse de la puerta.

Sin embargo, no bajó la escalera. Todo lo contrario, la subió. De este

modo, desde arriba, podría ver si efectivamente era el conde Maylor la persona que llegaba.

Sí, se trataba de él. Inconfundible. Alto, fuerte, con los guantes negros ocultando los garfios.

Vio cómo Rosemary Melly le abría la portezuela.

—Pasa, Paul... Pasa...

CAPITULO VIII

Se estaba celebrando la fiesta. En esta nueva ocasión, con la casa llena de invitados.

A Maxim le sorprendió la circunstancia. Si en las otras fiestas de compromiso apenas eran unos cuantos los invitados, ¿por qué en esta ocasión parecía no caber allí lo mejor de Pestyllan?

Como si el conde Maylor leyera en su pensamiento la pregunta que se hacía, le llevó a un aparte y le dijo:

—No se esperaba ver tantas caras conocidas, ¿verdad, doctor? Comprensible... Las otras veces no era así. Pero es que... —clavó en él sus ojos— esta vez es distinto.

—¿En qué sentido? —le preguntó.

—Rosemary Melly no es como las otras. De ella puedo sentirme seguro. Por eso me enorgullezco presentándola a unos y a otros —y le explicó—: Me había empeñado en tener una esposa joven, guapa, atractiva. No quería renunciar a vivir, por el mero hecho de haber perdido las manos. Pero lo cierto es que me conformaba con eso, con que fuera joven, guapa, atractiva, y con que llenara de placer mi lecho... Sí, me conformaba con eso, sin exigir mucho de ella... Creía, sinceramente que, a pesar de mi posición y de mi fortuna, no podía exigir demasiadas virtudes... Y estaba en lo cierto. A pesar de todas mis condescendencias, tanto Juliet como Glenda me abandonaron, huyeron de mi lado... Pero he dado con Rosemary, que es un tesoro... Es buena, hermosa y virtuosa, todo a la vez... ¿Puede un hombre pedir más?

No, doctor, y por eso me siento afortunado... Y por eso he llenado de ojos, de miradas, mi casa... Para que la miren, la admiren, y me envidien...

—Comprendo —se limitó a decir Maxim.

Pero él comprendía muchas cosas más, por lo que se hizo el firme propósito de ayudar a Rosemary. De ayudaría a marchas forzadas, si era preciso.

Así que pudo, se acercó a la muchacha y le dijo:

—No te quedes aquí esta noche. Ni aunque el conde Maylor lo pida encarecidamente. Las otras se quedaron y...

—Me quedaré esta noche, y las siguientes —le hizo saber Rosemary, pero pestañeaba insistentemente—. Ya no volveré a mi piso. Saldré de aquí para convertirme en la condesa Maylor. Se han empeñado en ello, todos... Tío Edward, tía Grace, el primo Mike, y Paul, por des contado...

—Cambia de idea. No te fíes del hombre que te ha ofrecido el matrimonio.

—Le agradezco que se preocupe tanto por mí —la muchacha le miró con gratitud—. Más aún teniendo en cuenta que usted, en buena lógica, debe creerme una chica sin escrúpulos, que busca casarse con el conde Maylor sólo por ambición...

—¿No es así? —preguntó Maxim.

—No..., no...

—El carácter de Paul Maylor es brusco, violento; no le resulta fácil hacerse agradable. Además, sus manos amputadas le dan físicamente un aspecto inquietante, estremecedor... Si no es por ambición, no sé francamente por qué pueda ser...

—Conmigo ha sido muy bueno —dijo Rosemary—. Mi padre estaba en la cárcel, acusado de robo. Él lo ha pagado todo, y le ha devuelto la libertad. Además, mi padre ha salido de la cárcel enfermo, muy enfermo, y Paul le está pagando la clínica. Yo quiero mucho a mi padre y...

—Y a cambio de la generosidad que te brinda el conde Maylor, tú le finges amor, ¿no es eso, Rosemary?

—No —ella movió la cabeza, en gesto negativo—, no es eso. Yo no soy capaz de fingir. Ni con él ni con nadie. Paul ya sabe que yo no le quiero. Pero se conforma con mi gratitud, dice que lo demás vendrá después, a su debido tiempo. Pero, bueno —se interrumpió a sí misma—, ¿por qué le estoy hablando así, como si tuviera la obligación de darle explicaciones?

—Insisto, no pases aquí la noche. ¿Quieres que te ayude a salir de esta casa, así que concluya la fiesta?

—No tiene por qué ayudarme a eso, ni a nada —pero pestañeaba cada vez más, evidentemente más nerviosa—. No corro ningún peligro. Aquí todos me quieren bien.

—Deseo sinceramente que sea así, pero tengo mis dudas, francamente, y...

—Doctor.

Geraldine se había acercado a Maxim, cogiéndole por el brazo para que reparara en ella.

—¿Le gusta mi nuevo vestido, doctor? —le preguntó, con la mirada brillante.

—¡Oh, sí, es precioso! —Para vestidos estaba él en aquel momento—. Estás muy guapa, Geraldine.

—¿De veras me encuentra guapa?

—¡Y tan de veras! Eres la más guapa de la fiesta.

—Venga... Venga conmigo...

Quieras que no, le separó de Rosemary y le llevó hacia la sala de música. Tenía la intención de ensayar ante él unos pases de baile, que se tenía ya muy bien aprendidos.

Pero así que Maxim la estuvo mirando, y ella intentó hacerlo, sus pies se mostraron torpes, envarados, y los pases aprendidos no salieron.

—Ya no sé hacerlo... Ya no me acuerdo... —se puso compungida, casi llorosa.

—No te preocupes —le dijo Maxim—. Otro día...

—Sí, eso —sonrió—, otro día le enseñaré lo que sé hacer, doctor.

La vio, tal vez, predispuesta a reanudar aquella conversación que dejaron interrumpida ante el amplio y espléndido mirador desde el cual se dominaba el bravío acantilado. Así que no quiso pensárselo más, y volvió a la carga:

—El otro día me dijiste que ibas a contármelo todo, todo... ¿No te acuerdas, Geraldine? Al final, no me dijiste nada... ¿Por qué no eres buena y lo haces ahora?

—No sé de qué hablábamos —repuso—. Se me ha ido del pensamiento. Ya no lo recuerdo.

—Hablábamos de Juliet, de Glenda...

—La más guapa es Rosemary, ¿verdad, doctor?

—Sí.

Sin venir a cuento, Geraldine dobló una pierna, la derecha, se levantó un poco la larga falda de su elegante vestido, y miró la suela de su zapato. Se la miró detenidamente.

—No vaya a ser que lleve cera... —dijo.

—¿Cera? —se sorprendió Maxim.

—Me caí y me rompí una pierna. ¿No lo sabía usted, doctor? Fue una caída tonta... Fue la noche que mi madre se suicidó... Las luces se apagaron a causa de la tormenta, y a los criados se les ocurrió encender los candelabros... Las velas, al derretirse, dejaron caer la cera al suelo... Yo puse el pie y resbalé... Por eso me miro las suelas de vez en cuando, no vaya a pasarme otra vez...

—No sabía que el motivo de tu caída fuera ése —dijo Maxim, pero pensando que el motivo era ya lo de menos—. En fin, ahora ya estás totalmente restablecida.

—Sí, ya no me duele —y añadió, con un gesto extraño—. Más me duele ver que él..., él... se haya atrevido a venir hasta aquí. Pero no voy a decírselo a mi padre. Prefiero que lo ignore.

—¿Quién es el que se ha atrevido a venir...? —Preguntó Maxim—. ¿A quién te refieres?

Tal vez fuera una tontería de ella. Quizá no sabía lo que estaba diciendo.

Pero demostró que, al menos en ese momento, sí sabía, y muy bien, por cierto, el alcance exacto de sus palabras:

—Me refiero al que toca en la orquestina. Son varios, ya lo sé. Pero yo hablo del jovencito, el alto y rubio... ¿No sabe usted quién es, doctor? Yo sí... Se llama Joe Kenddal... Es el amante de Juliet...

* * *

Maxim estuvo intentando hablar con Rosemary. Pero inútilmente.

Tío Edward y tía Grace no se separaban de ella. Tampoco el primo Mike.

A este paso, muy a pesar suyo, Maxim tendría que irse de allí, sin haber podido decirle ni una sola palabra más.

Entretanto, Maxim detenía su atención en los componentes de la orquestina. Mejor dicho, en Joe Kenddal, quien, indudablemente, si estaba en aquella casa no era por mera coincidencia. Suponerlo así hubiera sido pecar de ingenuidad.

Por eso, porque ponía su atención en aquel joven, Maxim se dio cuenta de que, en determinado momento, cruzó un par de palabras con el conde Maylor.

Y por eso, porque su atención persistía, fue por lo que Maxim vio, asimismo, cómo Joe Kenddal, a un breve gesto del conde Maylor, dejaba la orquestina y le seguía

Maxim les siguió, a su vez, a los dos.

De este modo pudo oír perfectamente la conversación que sostuvieron.

—¿Qué desea, jovencito...? Encuentro una verdadera impertinencia su modo de exigirme...

—No le he exigido nada. Simplemente le he dicho que deseaba hablarle. Como tarjeta de presentación, le he ofrecido el nombre de Juliet Resmer.

—Dígame, de una vez, lo que desea.

—Acabo en seguida. No, no creo que ella le abandonara a usted... Pudo hacerlo, claro, pero en tal caso, ¿dónde está ahora? Yo debiera haberla visto. Lo encuentro muy raro...

—¡A mí qué me cuenta! —Exclamó Paul Maylor, furioso—. ¡Yo no sé nada! ¡Y me da lo mismo que se la haya tragado el mar, como que la haya devorado la tierra!

—Estoy dispuesto a callar. Siempre y cuando, claro está, usted se muestre conmigo un tanto generoso. Me conformo con poco. Cuesta quinientas libras cerrarme bien la boca.

—No tengo por qué darle ni una sola. ¡Y no se la daré! Además, ¿acaso supone usted que no sé quién es?

—¡Ah!, ¿lo sabe?

—Sí... ¡Sí! —Su furia, su coraje era cada vez mayor—. ¡Y me gustaría verle muerto! ¡Muerto!

Esta fue toda la conversación.

Y todo lo que sucedió aquella velada, ya que, poco después, la fiesta finalizaba.

Los invitados se fueron poco a poco.

Maxim tuvo también que hacer otro tanto. Aparentemente, al menos, tuvo que hacerlo...

CAPITULO IX

No había sucedido nada malo. Todo iba bien.

Rosemary Melly se lo decía una y otra vez, queriendo sentirse tranquila en aquel elegante dormitorio que le había destinado su futuro esposo.

Pero se estremeció de nuevo, por el solo hecho de recordar a aquel hombre que le daba miedo, mucho miedo. No, no podía evitarlo. Era más fuerte que su voluntad.

Con ella se había portado bien, muy bien, y debía estarle agradecida, pero a pesar de todo...

Además, lo que faltaba; se había metido en el asunto el doctor Howard, que había conseguido asustarla aún más. Asustarla del todo.

Pensó en lo alto, fuerte y atlético que era, en lo a gusto que una chica debería sentirse entre sus brazos. Luego, volvió a cambiar de postura. Colocó mejor la almohada. Cerró los párpados.

Pero no, no podía dormir.

La verdad es que el miedo que sentía se había materializado dentro de ella.

En eso, oyó un ruido en los cristales de la amplia ventana, como si alguien estuviera raspando suavemente en ellos.

Se incorporó en el lecho, si bien diciéndose que estaba nerviosa y que debía estar oyendo más ruidos de la cuenta. Nadie podía estar allí. Pero sí, vio una sombra recortarse tras los cristales, una sombra que levantaba el brazo y movía la mano, en un gesto al parecer amistoso.

Ella había dado un respingo. Bueno, un par de ellos sería más exacto. El sobresalto había sido mayúsculo.

Pero creyó reconocer aquella silueta y, ya más tranquila, saltó de la cama, metió los pies en las chinelas, se colocó la bata, anudándosela con gesto rápido, y se acercó a la ventana.

—¿Qué hace usted aquí...? —preguntó, luego de haberla entreabierto.

—Velar por ti —respondió Maxim.

Maxim se había encaramado por la yedra que cubría la fachada, al parecer no habiendo tenido que pasar por grandes dificultades.

—¿Velar por mí?

—¿Puedo pasar, no?

—¡No! —Pero se angustió al verle medio colgando—. Se está exponiendo a romperse la crisma...

—Déjame entrar y ya no me expondré a nada.

Aprovechando la momentánea indecisión de la muchacha, Maxim saltó el alféizar, y se coló dentro de la habitación.

—Pero..., pero... —le censuró ella, al verle ya dentro—, ¿cómo se atreve? Un hombre en mi habitación, cuando voy a casarme muy pronto con el conde Maylor...

—Yo pienso hacerte cambiar de idea —repuso Maxim—. Así que no te

sofoques porque yo esté aquí, poniendo en entredicho tu virtud. Por lo demás, aquí no se trata de salvar tu virtud, sino tu vida, que está en grave peligro...

—¿Vuelve a lo mismo? —pero no pudo protestar muy en serio, pues ella era la primera en sufrir la sensación de que su vida estaba poco menos que en la picota.

—Sí, vuelvo a lo mismo.

—Pero ¿quién le ha dado permiso...?

—Yo me lo he tomado —y agregó—: Como tú te has obstinado en pasar la noche en esta casa no me has dejado a mí otra alternativa que hacer otro tanto... Aquí me tienes, pues, dispuesto a ser tu guardián durante toda la noche... No, no te inquietes... —se rió un poquito—, no voy a intentar propasarme, sé dominar las tentaciones... A propósito, ¿te he dicho ya que eres la muchacha más encantadora de este mundo? ¿No? Pues ya es hora de que te lo diga...

Ella se sintió mejor, mucho mejor con la presencia de Maxim a su lado. Aunque él no le dio tiempo a confesárselo. Se le acercó, la abrazó, y le dijo, ahora ya con un tono que de informal no tenía nada:

—Las dos anteriores prometidas del conde Maylor desaparecieron a media noche, y no ha vuelto a saberse de ellas... Me importas demasiado, Rosemary, para que me arriesgue a que a ti pueda sucederte otro tanto... ¡Ni hablar de eso! Para hacerte daño a ti, tendrán antes que hacérmelo a mí... Y así será esta noche, y todas... Hasta que te convenza de que has de dejar al conde Maylor, porque tu destino es otro hombre...

La muchacha pensó que era maravilloso oír esas palabras. Pero ¿acaso no iban las circunstancias a forzarle, quieras que no, a unirse a aquel hombre al que no amaba? Se limitó a responder:

—Si quiere quedarse, por si acaso..., se lo agradeceré. De momento, no puedo decirle otra cosa.

—Es suficiente —sonrió Maxim, que se inclinó resueltamente hacia ella, y la besó en la boca.

Ella se dejó besar, pero luego le apartó de su lado, aunque de un modo suave.

—Hemos quedado —dijo— en que sabías dominar las tentaciones.

—Y hemos, también, quedado —repitió él, satisfecho del tuteo de ella— en que para hacerte daño a ti, antes tendrán que hacérmelo a mí... No, no les aconsejo que lo intenten —añadió, con gesto jactancioso, pero a la vez simpático—. Soy muy mal bicho cuando saco las uñas.

CAPITULO X

Joe Kenddal se cansó de permanecer allí.

Había estado esperando que el conde Maylor saliera de la casa, pero nadie aparecía, el silencio y la oscuridad eran absolutos alrededor de la amplia mansión, y decidió buscar por su propia cuenta.

Buscaría y deduciría por sí mismo. Lo primero era dejar atrás el acantilado, con su bramar de olas embravecidas, e ir hacia el bosque. Allí debía estar el secreto.

Pero ¿cuántas millas a la redonda eran propiedad del conde Maylor? No lo sabía. Indudablemente, muchas. Quizá demasiadas para el «rastreo» que pretendía efectuar.

Desde su punto de vista, esa palabra, «rastreo», era justa y adecuada al caso. Porque hubiera jurado que Juliet estaba muerta, y que su cadáver se hallaría escondido por algún sitio, quizá en el menos esperado.

Pero así que se adentró en el bosque, que rezumaba humedad, donde se oían ruidos ininteligibles y chasquidos extraños, donde, por lo demás, apenas se filtraba la escasa luz de las pocas estrellas que brillaban en el cielo, Joe Kenddal se dijo que todo aquello resultaba muy poco tranquilizador, y que era un perfecto estúpido merodeando en lo que no le iba ni le venía.

Aunque sí le iba, porque si sus sospechas resultaban fundadas, entonces podría pedir al conde Maylor, no quinientas libras, sino cincuenta mil como mínimo. Un buen negocio. Un estupendo y magnífico negocio. El mejor de su vida.

Pero Joe Kenddal no se había dado cuenta de que unos pasos le seguían. Unos pasos callados, sigilosos, que llevaban la muerte...

Siguió adelante entre el follaje, el cual, como si quisiera prevenirle del peligro que le estaba acechando, se iba espesando de un modo opresivo, angustioso, casi amenazador.

Sin embargo, aquellos caminos entre el bosque no parecían llevar a ninguna parte concreta. Ni nada había, a un lado o al otro, que pudiera llamar su atención.

Pensó en retroceder, en dejar insatisfecha su curiosidad, pero en eso vio a lo lejos una tenue iluminación. Y sus pasos, de forma instintiva, se aceleraron.

También se aceleraron los otros pasos...

Joe Kenddal no se percató de ello. Creía estar solo.

Pronto pudo darse cuenta de dónde procedía aquella iluminación. Del que años atrás debió ser el pabellón de caza. Un edificio que, a no ser por aquella claridad, hubiera parecido enteramente olvidado. Las puertas y las ventanas se mostraban agrietadas por el paso inexorable del tiempo.

Desde luego, aquella luz debía proceder de una lámpara de petróleo, por lo vacilante, indecisa y tenue de su claridad.

Con precaución, para no verse sorprendido por la persona, o personas, que

pudiera haber en el interior del pabellón, Joe Kenddal se fue acercando a la puerta, que permanecía un tanto entreabierta.

Antes de llegar allí, oyó unos gemidos. Gemidos de mujer, que se entremezclaban siniestramente con un llanto desgarrador.

El llanto también era de mujer. Dos mujeres, pues, permanecían allí como mínimo.

Joe Kenddal, al llegar junto a la puerta, se detuvo unos instantes. Pero no vacilaba. Era de emoción. Estaba dispuesto a llegar hasta el final de todo aquel misterio.

Pero antes de entreabrir la puerta, miró hacia el interior, lo que buenamente pudo.

No fue mucho trozo el que dominó desde allí, pero le bastó y sobró aquel ángulo de mira para que todo su cuerpo, todas sus vértebras, toda su sangre, sufrieras una sacudida convulsa.

Una sacudida que le impulsó hacia atrás, haciendo que llegara casi a tambalearse.

Había visto, colgados de una pared, varios espejos. Y en cada uno de ellos vio reflejados dos rostros horribles...

Dos rostros de mujer, llenos de deformidades y cicatrices, terriblemente desfigurados. Algo sencillamente aterrador.

Joe Kenddal no se amilanó. Se irguió, respiró hondo y puso la mano en el porno de la puerta, avanzando.

Ya abierta del todo la puerta, vio exactamente lo que había en el interior del pabellón.

La luz era de petróleo, no se había equivocado al deducirlo de esta manera.

En el centro, había una jaula grande, muy grande, semejante a la que tienen los monos en el parque.

Dentro de la jaula, estaban aquellas dos mujeres. Estas le resultaban desconocidas. No creía haberlas visto nunca.

Por las otras paredes, también había espejos. Profusión de espejos. Donde se reflejaban, por todos lados, desde todos los ángulos, aquellos dos rostros horripilantes.

Por el suelo de la jaula, aparecían porquerías de todo género. Incluidos excrementos malolientes y latas de conserva vacías.

—Joe...

Al verle entrar, las dos mujeres se acercaron a las rejas y se sujetaron, se aferraron a ellas, en gesto elocuentemente desesperado. Dada la actitud de sus brazos y la fealdad monstruosa de sus rostros, daban la sensación de ser, desde luego, las monas de un parque.

Pero sólo una de ellas había murmurado el nombre del joven músico.

Una nueva sacudida. Esta aún más convulsa que la anterior. Había reconocido esa voz.

—¿Eres tú, Juliet...?

—Sí, sí, Joe, soy yo —gimió ella—. ¡Sácanos de aquí! ¡Sácanos de aquí!

¡Ya no podemos más!

—Pero ¿eres tú...? —estaba tan horrorizado que era como si no terminara de creerlo, y achicaba los ojos para ver mejor.

—Sí, soy yo —dijo ella—. Ha sido Paul Maylor... El conde Maylor... Tuvo celos de ti, y me arrojó vitriolo a la cara... Y me ha traído aquí para que mi sufrimiento se convierta en un tormento, en una agonía infernal... Para que quede vencida por el espanto... Por eso, para eso, ha puesto espejos por todas partes, para que no me olvide de que estoy hecha un ser repelente, repulsivo... Ni de noche dejo de verme, pues con esa intención deja encendida la lámpara de petróleo...

—¿Quién es la otra mujer? —preguntó, desde donde estaba, pues no acertaba a adelantar hacia aquella diabólica jaula.

—Se llama Glenda... Glenda Farr... También a ella le hizo lo mismo... ¡Oh, Joe, sálvanos!

—¡Quiero matarle! —Exclamó Glenda, rugiendo como una verdadera fiera —. ¡Necesitamos matarle! ¡Es horrible, monstruoso, lo que ha hecho con nosotras! ¡Maldito sea!

Pero Joe Kenddal no iba a sacarlas de allí. Ni entonces ni nunca. Su vida tenía los minutos contados.

—¡Cuidado...! —le gritó Juliet.

Sin embargo, ya era tarde. Un garfio de hierro había avanzado hacia él, cayendo brutal e implacablemente sobre su cabeza, clavándosele en el cráneo.

Joe Kenddal lanzó un alarido. Pero sólo le oyeron aquellas dos mujeres que se hallaban prisioneras.

El otro garfio se alzó en el aire, a su vez cayendo de un modo fulminante sobre el joven músico. Esta vez el garfio se le clavó en la yugular.

Y así, con un garfio incrustado en el cráneo y el otro en el cuello, manando sangre a borbotones, Joe Kenddal quedó sin aliento en los pulmones, sin latidos en el corazón y sin vida en el cuerpo.

Cuando sus miembros quedaron inertes, inmóviles, los garfios se movieron, se aflojaron, se soltaron... Recobraron su libertad...

—¡Entra en la jaula si te atreves, cobarde asesino! —gritó Juliet Resmer.

—¡Antes o después daremos contigo y te mataremos! —Rugió Glenda Farr, descompuesta de odio, de desesperación y de impotencia—. ¡Te daremos tantas puñaladas como veces nos hemos visto el rostro en estos malditos espejos!

El conde Maylor no se había inmutado. Ni Juliet ni Glenda vieron expresión alguna en su rostro. Tampoco le oyeron responder nada.

Debía estar pensando que había hecho ya su trabajo, y que esto era lo importante. Como importante era regresar cuanto antes. Todos debían dar por descontado que no había sucedido nada.

CAPITULO XI

Tras asegurarse de que la ventana había quedado bien cerrada, Maxim había cogido un par de mantas, envolviéndose y tumbándose ante la puerta de la habitación, dejándola cruzada con su cuerpo. Así había pasado toda la noche.

Rosemary le había sorprendido despierto en varias ocasiones. En una de ellas, le vio sacar un cigarrillo y encenderlo. Ella hizo como si estuviera dormida.

Pero ahora ya empezaba a clarear el día, y Maxim se disponía a abandonar su guardia.

—Volveré la próxima noche —le dijo a la muchacha—. No te preocupes, no faltaré. Mientras tanto, piensa en lo que te dije ayer; debes dejar al conde Maylor...

—¡Pero si no puedo! —se lamentó Rosemary.

—Sí, puedes —dijo él—. Yo te ayudaré a salir de aquí, y nadie se atreverá a ponerte trabas. Si es preciso, me enfrentaré a quien sea. Puedes darlo por descontado.

—Pero está mi padre por medio...

—Todo tendrá arreglo, sin que por ello tengas que casarte con ese hombre. Bueno, debo irme en seguida, antes de que se haga de día, y puedan verme descender por la yedra. ¿Qué miras, Rosemary? —preguntó de pronto, sonriendo—. ¿Mi aureola...?

—¿Tu aureola? —no le había entendido.

—De santo —dijo—. Debo tenerla. Pasarme la noche junto a una muchacha como tú, y con los brazos cruzados... ¡Si eso se lo explico a mis amigos, palabra que no me creen! Si casi no termino de creérmelo yo mismo...

Pero antes de saltar por la ventana, se acercó a Rosemary y volvió a besarla.

—Para que no te olvides de mí. A propósito, me verás dentro de poco... Entraré en la casa, esta vez por la puerta principal. De un modo u otro —puntualizó—, yo no te pierdo de vista...

—Gracias —le agradeció ella con emoción.

Poco después, Rosemary decidía dejar su dormitorio y bajar a la planta baja.

Pero apenas descendió la escalera, optó por algo más que hablar con unos u otros. Optó por averiguar qué clase de persona era, en definitiva, Paul Maylor.

Por eso, apenas vio comparecer a tío Edward y a tía Grace, se acercó a ellos, y enfocó el tema de sus relaciones.

—No sé si sabré hacerle feliz —comentó—. Me parece el suyo un carácter un poco difícil...

No hizo falta que dijera nada más, pues el resto lo hicieron ellos.

Pero la muchacha no pudo quedar complacida de la respuesta recibida. Demasiados elogios del sobrino. No sonaban a sinceros.

Y como no quedó enteramente satisfecha, Rosemary Melly decidió preguntar a Mike, al primo Mike, aunque su carácter indeciso y vacilante no parecía el apropiado para grandes confidencias.

Desde luego, la ocasión de hablarle a solas llegó relativamente pronto. Porque Mike también madrugó bastante aquel día. Por su parte, tío Edward y tía Grace se habían retirado a leer a la biblioteca.

—Por favor, háblame de Paul.

—¿De Paul...? —No se lo esperaba, y la sorpresa le dejó bastante cortado.

—¿No voy a casarme con él? Es lógico que desee conocerle lo mejor posible, ¿no te parece?

—Sí, claro que sí.

Mike vaciló ostensiblemente antes de empezar a hablar. Desde luego, a juzgar por la gravedad de su semblante, el tema que tocaba la muchacha era algo más que delicado.

—Paul es el sobrino favorito... —empezó diciendo, tras un breve carraspeo —. Tío Edward y tía Grace sienten predilección por él. Acapara todos los elogios.

—Pero ¿y tú, Mike? —Preguntó Rosemary—. ¿Qué opinas tú de él? Es tu opinión la que me interesa.

—Yo no quiero mentirte —dijo Mike, y carraspeó de nuevo—, pero, compréndelo, tampoco quiero enemistarme con él. Si dijera algo en contra suya, y luego se enterara, sería capaz de matarme...

—¿De matarte? —se estremeció Rosemary.

—Bueno, es un decir, claro... —sonrió, pero de un modo tan forzado que de natural no tuvo absolutamente nada—. Nadie mata por tonterías así. He querido decir, simplemente, que se enfadaría mucho conmigo, y como tiene un carácter tan violento... Con sinceridad., Rosemary, prefiero no meterme demasiado...

—Te lo ruego, Mike —insistió la muchacha, con ansiedad mal contenida —, dime todo lo que sepas de él, todo lo que consideres que yo debo saber...

—En realidad —repuso Mike— no tengo nada extraordinario que contarte. Sólo que...

—¿Qué? —le apremió.

Antes de responder miró hacia la puerta. Quiso asegurarse de que seguía cerrada, como la habían dejado tío Edward y tía Grace, al salir de allí.

—Paul es un hombre que odia a todos aquellos que no acatan sus órdenes —dijo entonces— o que no ceden a sus mandatos, o que se resisten a decir amén a todas las exigencias de su despótico carácter. Por eso tiene tan subyugados, tan doblegados, a tío Edward y a tía Grace, porque ellos, en definitiva, desean hacerse querer por él. Ya te lo he dicho, es el sobrino favorito... Antes no era así; nos querían por igual a los dos. Pero Paul me ganó

la batalla... —y agregó con gesto pesaroso—; Nunca me ha tenido simpatía. No sé ciertamente por qué, soy un hombre insignificante, que jamás le he hecho sombra. Supongo que si me ha mirado con malos ojos, ha debido ser por el dinero de tío Edward y tía Grace...

—Explícate mejor, Mike, no te entiendo.

—Paul es muy rico; heredó una gran fortuna de sus padres que, cuando él era niño, murieron en un accidente de aviación —continuó diciendo—. Pero los míos, que también murieron cuando yo era pequeño, no me dejaron casi nada. De eso que tío Edward y tía Grace pensaran, en un principio, en que lo suyo fuera para mí; así los dos quedaríamos en buenas condiciones económicas. Pero eso a Paul no le gustó; lo quería todo para él. Y se empeñó en hacerles cambiar de idea. Por descontado, lo consiguió. Sí, me ganó la batalla, y por cierto de un modo innoble, que yo no me merecía...

—Prosigue, Mike, te escucho.

Parecía arrepentido de haber llegado hasta tal punto en sus confidencias. Pero, evidentemente, ya era tarde para lamentarlo. Sin duda consciente de ello, continuó:

—Mi mayor afición, durante unos años, fue ser escultor, ¿no te lo han dicho? Me lo tomé en serio, ¿sabes?, sintiéndome un gran artista. Luego, todo quedó en nada, en una vulgar mediocridad... Pero, en fin, por aquel entonces, yo ponía toda mi alma en aquellas esperanzas. En cierta ocasión, conocí a un escultor famoso, que me ofreció su casa de México. Me dijo que una temporada allí, a su lado, podía beneficiarme mucho. Yo acepté, encantado. Sólo que, poco después, ese mismo escultor me había de confesar sinceramente que no tenía vena de verdadero artista, y que él, en mi puesto, lo dejaría correr. Fue verdaderamente desconsolador, pero comprendí que debía hacerle caso. Pero, bueno, me estoy separando del tema...

Se detuvo unos instantes.

Instantes en los que Rosemary permaneció en silencio, esperando que él recogiera el hilo de sus pensamientos, de sus reflexiones, y prosiguiera con lo que iba diciendo.

Así lo hizo, tras sacar un cigarrillo. Pero no lo encendió, lo dejó apagado entre sus dedos.

—Un día viajé hasta Huautla, un rincón perdido de México, donde los indios mazatecos cultivan hongos. No hace mucho, un matrimonio de etnólogos americanos, los Wasson, descubrieron las propiedades alucinógenas de esos hongos y, desde entonces, alrededor de Huautla, se han establecido comunidades de hippies, que el Gobierno mexicano expulsa, pero inútilmente, ya que vuelven a formarse. ¿No sabías nada de esto, Rosemary?

—No, nada —confesó la muchacha.

—Allí, en Huautla, me hablaron del poder de esos hongos. Me dijeron que era como una cura psicoanalítica, durante la cual, en lugar de contar el paciente la propia vida, la veía, la vivía nuevamente, pero en profundidad, desenterrando cosas y actos sepultados, esclareciendo las zonas más ocultas,

disolviendo complejos, cortando cordones umbilicales psicológicos. Y todo, con una evidencia plástica tal, que se tenía la viva impresión de ser espectador y protagonista de un filme sobre la propia vida, rodado en tres dimensiones. Me aseguraron que era una experiencia fantástica, de la cual se salía transformado.

Una nueva pausa.

Que había de ser breve.

—Me dijeron que los hongos debían ser recogidos al alba y consumidos por la noche. La mejor estación era aquélla, la de las lluvias, es decir, de junio a setiembre. El que comía hongos debía observar, eso sí, una abstinencia sexual de ocho días, cuatro antes de la ceremonia y cuatro después... En definitiva —abrevió Mike— que, después de tantas palabras, dichas en medio de un énfasis contagioso, me sentí dispuesto a correr la aventura... Y sí, lo hice, una vez... ¡Pero sólo una vez! ¡Sólo una vez! Sin embargo, Paul se enteró de lo sucedido, y no perdió la ocasión. Dijo que era un vicioso, un drogadicto, y que estaba perdido. Aconsejó a tío Edward y a tía Grace que, en consecuencia, no me dejaran ni una sola libra... Y les convenció, sí, plenamente... En fin, ¿a qué hablar más de todo ello? Así están las cosas. Sin embargo, lo que Paul ignora es que yo, si quisiera, de un simple manotazo, podría echar por tierra todo su futuro... ¡Me bastaría con decir que..., que...!

Se había ido exaltando, conforme hablaba. Pero al llegar a estas últimas palabras, quedó cortado en seco, acometido de una oleada de miedo, ¿Sólo de miedo...?

Rosemary hubiera asegurado que era de algo más, de pánico, de espanto, de terror.

—Sigue —suplicó la muchacha—. No te interrumpas ahora... Sigue, por favor...

Pero Mike no había de hacerlo. Miraba como obsesionado hacia la puerta.

—¿Qué pasa...? —preguntó ella.

—Se ha movido el manillar. Estoy seguro de que se ha movido... Si era Paul, ha debido oírme... —y temblando—: No, no tenía que hablarte como lo he hecho. Ha sido una temeridad.

CAPITULO XII

Sonó el aldabón de la puerta principal. Y Leopoldo, el mayordomo de la casa, fue a abrir.

Apareció Maxim que, para justificar su presencia allí, y más a tan temprana hora, había de decir:

—Ayer encontré a Geraldine muy agitada. No quise decirles nada, para no inquietarles, pero la verdad es que no he dormido bien pensando en ella...

Desde luego, no había dormido muy bien. En esto, al menos, no había mentido.

—Geraldine sigue reposando —repuso tía Grace—. No, no noté que ayer le sucediera nada.

—Mejor, señora. Debió ser una crisis pasajera, sin trascendencia. De todos modos, con el permiso de ustedes, esperaré a que despierte. Me gustará dialogar un poco con ella, para así percatarme mejor de su actual estado de ánimo.

—Me parece muy bien —intervino tío Edward—. Y gracias, doctor, por el interés que se toma por ella.

—Es mi obligación.

Todo iba sobre ruedas. Por lo menos, daba esa sensación. Pero Maxim sabía que la otra noche alguien quiso matarle, y que la broma no tuvo ninguna gracia. De no haber sacado con rapidez su automática, disparando, seguro que su agresor le hubiera dado de nuevo en la cabeza, una, otra vez, todas las veces que hubieran hecho falta. Hubiera quedado inmóvil en tierra, sin vida

Pero ¿quién había sido su agresor? No podía saberlo con exactitud...

En aquel preciso instante, sonó de nuevo el aldabón de la puerta principal. Leopoldo, el mayordomo, fue nuevamente a abrir.

Tal como Maxim esperaba, se trataba del comisario Baker. El día antes había ido a verle, exponiéndole, no sólo sus temores, sino también sus puntos de vista. Le pidió que interviniera hasta donde le fuera posible, ya que, en realidad, no podía pedirle otra cosa, pues no existían pruebas concretas de nada. Finalmente, el comisario Baker, un hombre bajo y rechoncho, de mediana edad, a quien la pequeña ciudad de Pestyllan no había dado nunca grandes dolores de cabeza, le había prometido ir a echar un vistazo a todo aquello.

Como sea que Paul Maylor aún se hallaba en sus aposentos particulares, Mike recibió al comisario, a quien, con anterioridad, había ya tratado en un par de ocasiones.

—¿Sucede algo...? —le preguntó.

—No creo —dijo con tono maquinal el comisario—. Pero alguien ha presentado una denuncia... Pero ante todo, me interesa saber si, aquí, bajo este techo, todo marcha bien.

—Sí, perfectamente —respondió Mike—. ¿Qué es lo que tenía que

marchar mal?

El comisario Baker clavó su mirada vivaz, penetrante, en la muchacha.

—¿Es usted la señorita Melly...? ¿Rosemary Melly...?

—Sí, yo soy.

—La prometida del conde Maylor, ¿no es eso?

—Sí.

—Comisario —repuso el tío Edward, con una expresión sumamente inquieta—, dígame el motivo de su visita, se lo ruego. ¿A qué denuncia se ha referido usted?

—Nada que valga la pena considerar... —sonrió—. Sencillamente, hemos recibido una llamada telefónica, asegurándonos que un fantasma merodea por estos alrededores... ¡Imagínense qué tontería! Pero mi deber es velar por la seguridad de Pestyllan y ustedes, aunque a varias millas de la localidad, son parte integrante de...

Se vio interrumpido.

Por el conde Maylor, que acababa de descender la ancha escalera, y ahora avanzaba hacia ellos.

—Comisario Baker, ¿no ha encontrado otra historia más ingeniosa que esa del fantasma...? ¡Pues, como policía, tiene usted muy poca imaginación, permítame que se lo diga! ¿O acaso nos supone usted tontos, idiotas...?

El comisario Baker no se desconcertó. Quedó inmutable. ¿Debía estar esperando aquella reacción por parte de uno u otro? Tal vez la había estado provocando.

—Si sucede algo Q si usted sospecha de algo —agregó el conde Maylor con un tono por demás violento— dígalo claramente, comisario... No me gustan los juegos de manos, quizá porque..., porque... en lugar de manos tengo dos garfios de hierro. ¿Quiere verlos...? —con un gesto irascible, se arrancó los guantes, mostrándoselos—. Aquí están. A la vista de todos. No resulta romántico, ¿verdad? Aun así dese cuenta, comisario, me voy a casar con esta muchacha que ve usted aquí... Es encantadora... Verdaderamente encantadora... ¿No opina como yo?

—Si —respondió. Y sin más—: Bueno, en realidad, me alegro de que usted mismo, conde Maylor, se haga cargo de la situación.

—¿A qué situación alude, comisario?

—A sus dos anteriores prometidas. Nadie ha vuelto a saber de ellas. Resulta extraño...

—¿Y qué deduce? —barbotó con tono vehemente—. ¡Ande, dígamelo, que me parece que van a darme ganas de reír!

—No deduzco nada aún...

—¿Que yo las he asesinado? —Inquirió, cada vez más iracundo—. Sí, claro, algo así debe estar pensando... Con mis garfios, en lugar de manos, resulto un personaje muy apropiado, muy decorativo, para inspirar ideas extrañas... ¡Pues si las he asesinado —gritó—, en algún sitio deben estar sus cadáveres! ¡Búsquelos, encuéntrelos, y entonces podrá detenerme! ¡Hasta

entonces, tendrá que contener sus deseos de esposarme, lo que tampoco podría hacer... —soltó una carcajada— porque volvemos a lo mismo, no tengo manos! Y ahora, comisario, puesto que, de momento, todo está hablado y aclarado, le agradeceré que se marche. Buenos días.

—Buenos días, conde Maylor —contestó el comisario, sin perder en absoluto su compostura.

Cuando se hubo retirado, un profundo silencio reinó entre todos ellos. Ninguno se atrevía a despegar los labios. Finalmente, osó hacerlo tío Edward:

—Creo que te has excitado demasiado, Paul.

Pero en esta ocasión, como en muchas, por no decir en todas, el conde Maylor respondió, sin demasiadas contemplaciones:

—Yo hago las cosas a mi manera.

Rosemary se había quedado terriblemente impresionada, y a la vez angustiosamente estremecida, al ver cómo Paul Maylor se quitaba los guantes y mostraba los garfios de hierro. Era la primera vez que los veía.

CAPITULO XIII

Pronto, muy pronto, había de surgir la primera y terrible sospecha...

—¡Doctor! —Le saludó Geraldine, con alborozo—. ¡Si hubiera sabido que estaba usted aquí, me hubiera levantado antes!

—Buenos días.

Poco después, habían salido de la mansión, encaminando sus pasos hacia el acantilado. El día era bastante cálido, soleado, y apetecía pasear un poco.

Hablaron de cosas sin importancia.

En verdad, lo único que Maxim pretendía era hacer ver, ante los demás, que se interesaba por el estado de ánimo de la joven. Si había justificado su presencia allí por tal motivo, no le tocaba otro remedio que hacerlo así.

Pero desde el acantilado, miraba continuamente hacia la casa. A él lo que le interesaba era la seguridad de Rosemary, que estaba dispuesto a defender, contra viento y marea.

Fue de regreso cuando pasaron junto a la ventana de Ja sala de armas. Ventana que en aquel momento se hallaba un tanto entreabierta.

Allí estaban Rosemary y el conde Maylor. Este había alzado la voz para decir:

—No me gustan las mujeres ignorantes, Rosemary. ¡Esto que tú acabas de denominar un sable, no es exactamente eso, debieras saberlo! ¡Es una cimitarra...! Es un sable, sí, pero de los que usaban los turcos y persas... Es preciso saber diferenciar...

—Perdona, Paul —le oyeron responder a la muchacha—. No lo sabía. Ahora ya lo sé...

Volvió a dejarse oír la voz del conde Maylor, pero con otro tono. Mucho más suave. En él, casi parecía increíble aquel acento.

—Discúlpame, Rosemary, no he debido tratarte así... Tú lo ignoras, claro... Pero mi esposa me amputó las manos con una cimitarra; creo que fue precisamente con ésta... Cada vez que la veo colgada de la pared, revivo aquel horrible instante...

Se fueron de la estancia. Maxim y Geraldine ya no pudieron oír nada más.

Fue entonces cuando Geraldine dijo:

—A mí tampoco me gusta entrar en esa estancia. Como allí me caí y me rompí la pierna...

—Sería en otra habitación —repuso Maxim.

—No, fue en la sala de armas.

—¿No me dijiste que te caíste porque los sirvientes encendieron los candelabros, y la cera, al derretirse, cayó al suelo y....?

—Sí, eso le dije.

—Pues yo tengo entendido que cuando tu padre encontró a tu madre allí, acurrucada en un rincón, la estancia se hallaba a oscuras... Sólo entraba alguna claridad de vez en cuando, merced a los relámpagos —y sentenció,

tajante—: Allí, pues, no entró ningún sirviente con los candelabros encendidos...

—Yo me caí por la cera, resbalé; no le miento, doctor. Había oído gritar a mi padre, y corrí hacia allí.

—Esto que dices no encaja...

—Sí, sí —dio una pequeña patada en el suelo, malhumorada porque el doctor no parecía creerla—, fue en la sala de armas donde me caí... Se lo prometo, doctor.

—Bien, bien...

—¡Lástima que mi madre haya muerto! ¡Mi madre, si viviera, le diría que es verdad...! Ella me ayudó a levantarme...

—¿Qué...? ¿Qué dices...? —bisbiseó Maxim.

—Digo, doctor, que mi madre me ayudó a levantarme. ¡Me dolía tanto la pierna! Necesitaba ayuda.

—Tu madre, Geraldine, no pudo ayudarte... Si tú fuiste allí al oír gritar a tu padre, es señal evidente de que tu madre le había herido ya... Siendo así, tu madre estaba ya fuera de allí, huyendo hacia el acantilado, donde después se arrojó... Si estaba huyendo, no podía estar todavía en la sala de armas...

—Mi madre me ayudó a levantarme... —repitió Geraldine—, pero sólo se lo he dicho a usted... A nadie más... A nadie más... —de nuevo ese gesto bobo en su rostro, que tan a menudo la delataba como retrasada mental—. A nadie más...

Sí, por descontado. De esta conversación surgió la primera y terrible sospecha...

CAPITULO XIV

Había llegado la noche.

Y ya en su dormitorio, la muchacha esperaba ver aparecer a Maxim, de un momento a otro. Sólo teniéndole a su lado, volvería a sentirse relativamente tranquila.

Pensó en la boda, que el conde Maylor había decidido anticipar...

Pero, de pronto, de un modo en realidad casi incomprensible, Rosemary Melly tuvo la corazonada de que la ceremonia no iba a celebrarse porque... ¡iban a matarla!

Sí, ahora olfateaba por todas partes a su asesino.

Sin embargo, no podía adivinar quién era ese asesino que ansiaba verter su sangre. Y lo ansiaba ferozmente; de eso, sin duda, que la atmósfera de la casa estuviera oliendo anticipadamente a sangre.

No, no era un mero presentimiento suyo. Era, desgraciadamente, algo cierto, palpable, que le calaba en el cuerpo, que se le filtraba en los poros, que llegaba hasta sus venas, que, en suma, ahora le privaba hasta de la respiración.

Comprendió que a partir de ese instante, iría sofocada y jadeante de un lado para el otro, siempre temiendo encontrarse con el arma, tal vez con la cimitarra, que se le incrustara en el cuerpo, acabando implacablemente con su vida.

Pero no; de aquel modo, experimentando tanto miedo, tanto terror, no podía seguir. Acabaría loca.

Y viendo que Maxim no comparecía, su siguiente reacción fue tan precipitada como insensata.

Decidió huir, desaparecer de aquella casa. Sin esperar a Maxim. Sin duda, ya le encontraría fuera, a poca distancia. Ambos lejos de allí, toda aquella pesadilla sería sólo un mal recuerdo.

Ya no podía más. Estaba a punto de estallar. Cualquier cosa, antes que soportar, y seguir soportando, aquella pasividad que ahora se le antojaba enloquecedora.

¡Había perdido los nervios por completo! ¡En su estado, ya no era posible razonar!

Esperó a que todo estuviera en completo silencio, y entonces, sin pensarlo más, entreabrió lentamente la puerta de su dormitorio. Apenas unos centímetros.

Antes de pisar el pasillo, trató de captar algún sonido que revelara la proximidad de alguien. No se oía absolutamente nada. Era aquél el momento.

Salió de la habitación, dirigiéndose hacia la escalera, cogiéndose a la barandilla para orientarse con más facilidad.

Ya abajo, tanteando por las paredes, porque todo aquello estaba muy oscuro, fue hacia la puerta trasera. Había pensado que era mucho mejor huir por allí.

Y tenía ya abierta dicha puerta cuando, de súbito, le pareció oír un ruido tras ella, muy cerca.

El miedo la paralizó de tal modo, y de tal forma detuvo el recorrido de su sangre, e interrumpió las palpitaciones de su pulso, que ni valor tuvo de girarse.

Se quedó clavada donde estaba, desorbitando los ojos, sintiendo que se le encogía la epidermis.

El ruido se repitió, aún más cerca, y entonces ya no le cupo la menor duda; alguien se encontraba tras ella.

Tenía que reaccionar o estaba perdida. Debía echar a correr con todas sus fuerzas, desconcertando a su enemigo. En esto estribaba su única, tal vez, oportunidad.

Pero huir sin ver quién estaba allí...

Hizo un esfuerzo infrahumano, y se volvió, de pronto, decidida a demostrarse a sí misma que era una muchacha valerosa.

Vio a un par de palmos a Leopoldo, el mayordomo de la casa, un hombre de mediana edad, en el que hasta entonces apenas había reparado. Era alto y delgado.

Rosemary lanzó un grito, pero éste no salió de su garganta, de su boca, no terminó de articularlo. El horror que sentía era demasiado intenso.

Porque el mayordomo empuñaba un cuchillo, y se iba acercando a ella, con el claro y manifiesto propósito de clavárselo hasta el alma misma, o aún más adentro, si es que esto es posible.

* * *

Sí, se iba acercando implacablemente a ella, sin que Rosemary, paralizada por el terror, acertara a moverse.

Los ojos de aquel hombre brillaban siniestramente. En su boca había un trazo cruel.

Pero ¿por qué ese hombre quería matarla? Aquello parecía no tener ni pies ni cabeza.

Sin embargo, no era aquél el momento de buscar explicaciones a lo insólito del caso. Tenía que apretar a correr. O en aquel momento o nunca. El cuchillo refulgía ya demasiado cerca, sobre su cabeza.

Encontró fuerzas y huyó de allí como una posesa, dejando atrás, de momento al menos, aquel macabro centelleo.

Corrió, corrió...

El mayordomo tenía muchos más años que ella, así que no sería lógico que le diera alcance. Esto le iba a favorecer.

Pero ella se sofocaba, daba traspiés, vacilaba una y otra vez, y evidentemente perdía un tiempo precioso. Esto lo tenía en contra.

Llegó junto a los linderos del bosque, y entonces se permitió el lujo de detenerse, de mirar hacia atrás.

¿No sería un lujo excesivo...?

No. Había conseguido dejar atrás al sirviente. Ni sombra de su silueta.

Pero consideró oportuno seguir corriendo, huyendo. No podía fiarse demasiado de las apariencias, que éstas, a veces, tienen perfiles engañosos.

Jadeante, terminó deteniéndose al ver una luz tenue, casi vacilante, a no mucha distancia de donde ella se encontraba.

¿De dónde podía provenir aquella débil claridad?

No era momento de sentir curiosidad. Pero, aun así, la sintió. Por lo que se vio arrastrada hacia allí, de un modo instintivo.

Se trataba del antiguo pabellón de caza...

No tuvo tiempo de reparar en nada más. Rosemary se sintió cogida por el cuello, por la parte de atrás.

Lanzó un alarido. Tembló toda ella. Sintió que se le doblaban las rodillas.

El mayordomo estaba aprisionando con fuerza su nuca, con mucha fuerza. Clavaba cruelmente los dedos en su carne. Tenía energías sobradas para inmovilizarla.

Además, y esto era lo peor, en su diestra seguía brillando el filo cortante de aquel temido cuchillo, que ahora, de nuevo, se alzaba sobre ella, presto al golpe decisivo.

Rosemary se vio incapaz de rebelarse a lo que ya consideraba inevitable. El terror anulaba sus ya escasas energías. Aquello era el final. Cerró los ojos, esperando el momento fatídico.

Pero volvió a abrirlos, al no sentir dolor ninguno sobre su cuerpo, y al notar que los dedos que hasta entonces se clavaban en su nuca, habían aflojado su presión.

Miró al mayordomo, que se tambaleaba. Se llevaba las manos a la espalda, en gesto inequívoco de acerbo dolor.

Cayó hacia adelante, y entonces Rosemary pudo ver clavado en su espalda, su propio cuchillo.

Por lo visto, mientras ella cerraba los ojos, esperando su final, alguien le había girado el brazo, en un rápido y violento impulso, clavándole el arma.

Cayó sobre la tierra en una postura extraña, y se quedó así, sin hacer un solo movimiento más.

No, no podían caber dudas. Sus penas y alegrías habían concluido para siempre. Había dado fin al último capítulo de su vida. Ni un solo latido le quedaba ya en el corazón.

—Un poco más, y no llego a tiempo... —dijo Maxim.

—¿Tú? —se asombró.

—Claro, ¿quién si no...? —e indicando al bajo y rechoncho comisario Baker, que llegaba corriendo—. Viene conmigo.

—Te debo la vida... —murmuró ella, aún medio desfallecida.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido huir de la casa, cuando yo te aseguré que esta noche, como todas, iría a tu lado...? Ha sido una incomprensible temeridad.

—Sí, sí —admitió Rosemary.

—Pero al llegar, y no encontrarte —dijo Maxim—, he comprendido lo que habías hecho, y he comprendido, también, que no estarías lejos, así que me he puesto a buscarte, a marchas forzadas...

—Suerte que el doctor Howard corre más que yo —el comisario Baker ya estaba allí, junto a ellos, bufando.

—Viene dispuesto a intervenir —le explicó Maxim a la muchacha—. Le he convencido de quién tiene que ser el culpable.

En aquel momento, Rosemary gritó de nuevo.

A no muchos metros, junto a unos enmarañados follajes, vio algo que se movía. Y ese algo era, ni más ni menos, que un brazo que acababa en un garfio...

Pero no, no tenían que temer nada. Paul Maylor se alejaba de allí... Se alejaba a grandes y rápidas zancadas.

Pero ¿era realmente Paul Maylor aquel hombre que la muchacha había visto? Le había parecido un poco menos elevado de estatura... Además, la verdad es que no había podido reparar bien en su rostro... Pero sí, claro, debía ser él, tenía forzosamente que ser él. ¿No vio el garfio de hierro...? Sí, lo vio claramente.

Precisamente entonces, aún no repuestos de aquel último grito de la muchacha, llegaron a los oídos de los tres, unas voces de mujer. Pedían auxilio, en todos los tonos.

Aquello ponía los pelos de punta.

* * *

Siguieron la senda que siniestramente les señalaban aquellas voces frenéticas, aquellos aullidos desesperados.

Llegaron ante la puerta misma del pabellón, la cual, instantes después, entreabrieron.

Ya franco el paso, vieron el contenido de aquella diabólica jaula. Allí había dos mujeres, de cuerpos lozanos, jóvenes, cuyas fisonomías eran de dos auténticos monstruos. Muy cerca de la jaula, se hallaba el cadáver de Joe Kenddal.

Rosemary hubiera caído desplomada al suelo, a no ser porque dos brazos fuertes, los de Maxim, la sujetaron en el momento oportuno.

—¡Sáquennos de aquí! —Se puso a gemir Juliet Resmer—. ¡Ya no podemos soportar más este infierno...! ¡Lo que han hecho con nosotras es peor que asesinar...!

—¿Eres tú, Juliet? —preguntó Maxim, reconociendo la voz. Aunque de antemano había adivinado ya quiénes eran aquellas dos mujeres.

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Y yo soy Glenda Farr! ¡A Juliet y a mí, el conde Maylor nos arrojó vitriolo a la cara...! Nos persiguió a través de las tinieblas de la noche, y nos

destrozó para siempre... ¡Queremos salir! ¡Queremos salir!

El comisario Baker se dispuso a disparar sobre la cerradura.

Pero Maxim, con las ideas mucho más claras, le detuvo con un gesto.

—Yo, de usted, no lo haría —dijo—. Esas mujeres necesitan ser vigiladas. En estos momentos, no son dueñas de sus actos...

—Esas mujeres son inocentes —repuso el comisario— y no tienen por qué permanecer tras estos barrotes ni un segundo más...

Disparó un par de veces sobre la cerradura, haciéndola añicos. La jaula, pues, quedó abierta.

Y entonces, Juliet Resmer y Glenda Farr, tras dirigirse una mirada de mutua complicidad, terminaron de abrir la puerta y echaron a correr. Fuera de allí. Todo lo rápidamente que pudieron.

El comisario Baker no esperaba aquella reacción. Verdaderamente, a su juicio, resultó inesperada. Tal vez debido a ello, no acertó a evitarla.

Maxim murmuró:

—Se lo estaba previniendo, comisario.

CAPITULO XV

Hicieron sonar varias veces el aldabón de la puerta.

Terminó oyéndoles tío Edward que, en medio de su sueño y de sus bostezos, no comprendía cómo Leopoldo, el mayordomo, se mostraba tan sordo a aquellas apremiantes llamadas.

Poco después, se dejaba ver Geraldine y tía Grace y Mike. Los tres, con expresiones de quienes no comprenden nada.

Pero, al parecer, aún comprendieron menos cuando vieron que con el doctor Howard, o por lo menos con quiénes ellos creían que era el doctor Howard, y con el comisario Baker, llegaba también Rosemary.

—¿Qué significa esto...? —preguntó tía Grace.

—¿Dónde está el conde Maylor? —inquirió, a su vez, el comisario Baker.

—Se lo ruego —repuso tío Edward—, díganos qué sucede. Esta intempestiva visita... Nos está asustando seriamente... —y mirando a su alrededor, como perplejo—. Y Leopoldo sin comparecer, lo mismo que si se hubiera vuelto sordo...

—Leopoldo, su mayordomo —le comunicó el comisario—, no es que se haya vuelto sordo, es que ha muerto...

—¡No! —se horrorizó tía Grace.

—Sí... —afirmó el comisario—. Pero lo chocante del caso es que pretendía asesinar a la señorita Melly...

—No entiendo nada —dijo a su vez Mike.

—Lo entenderán mejor, cuando pueda interrogar al conde Maylor. ¿Dónde está...?

—En su dormitorio —repuso tío Edward—. ¿Dónde quiere que esté a estas horas? Claro, en su dormitorio.

Un soplo de aire infernal cruzó junto a ellos.

Dos soplos, para que la definición se ajuste estrictamente a la verdad.

Eran Juliet Resmer y Glenda Farr que, como si estuvieran auténticamente locas, blandiendo como banderas un cuchillo cada una de ellas, entraron en el vestíbulo de la casa y, sin detenerse, ni siquiera un segundo corrieron escaleras arriba.

Iban hacia el dormitorio del conde Maylor.

—¡Deténganse! —ordenó el comisario Baker.

Más efectivo, Maxim corrió, a su vez, tras ellas. Queriendo llegar a tiempo de detenerlas.

No había de conseguirlo, aunque por poco.

Ambas mujeres, con el rostro horriblemente arrugado, terriblemente destrozado, dantescamente deformado, llegaron ante la puerta de aquella habitación, entraron, y cerraron por dentro. Lograron hacerlo.

* * *

A partir de aquel instante, se produjo una cruenta y espeluznante batalla entre aquellas dos mutiladas mujeres y aquel hombre que, a su vez, era un mutilado más.

El conde Maylor acababa de colocarse al batín, dispuesto a salir y a averiguar a qué se debían aquellas voces, cuando las vio irrumpir en su aposento.

E irrumpieron con tal fuerza, que el conde Maylor tuvo que darse buena maña para esquivarlas, pues, de lo contrario, a la primera hubiera caído ya herido, por lo incisivo de sus armas.

Pero en la segunda acometida sí sufrió una herida, ya que la furia que empujaba a aquellas dos mujeres era frenética, desbordada, incontenible como el odio que llevaban dentro.

Sin embargo, la herida que recibió no fue mortal, sólo un muslo medio atravesado.

Entonces, Paul Maylor decidió vender cara su vida. No era hombre propenso a otra cosa, por mucho que le faltaran las dos manos.

Así que acometió a su vez. No quiso dejarles la iniciativa. Por lo menos, mientras pudiera.

El no tenía ningún cuchillo, pero a cambio poseía dos garfios. Los vendería al más alto precio. Iban a verlo.

Al otro lado de la puerta, se hallaban Maxim y el comisario Baker. Este alzaba la voz y ordenaba que se les abriera inmediatamente.

Oían los gritos de júbilo de Juliet Resmer y de Glenda Farr, cada vez que conseguían dar en el blanco. Percibían el furor acometedor del conde Maylor, que a su vez atacaba sin piedad. Escuchaban el siniestro y descompuesto jadeo de los tres...

—¡Abran inmediatamente! ¡Es una orden!

No había de volver a decirlo. Maxim, tomando cartas en el asunto, empezó a dar golpes de hombro a aquella puerta, terminando por desencajar el pestillo.

Después, abrió de una patada.

Pero ya era todo silencio en el dormitorio.

El conde Maylor estaba muerto, en medio de un demencial charco de sangre. Los garfios se le habían caído de los muñones. Había recibido cuchilladas por todas partes.

Juliet Resmer y Glenda Farr también se hallaban muertas.

¿Habían muerto debido a las heridas causadas por los garfios de hierro o porque, una vez llevada a cabo su venganza, giraron los cuchillos contra sí mismas?

Como sea, dos charcos de sangre se unían al primero...

Se juntaban, se unían, casi se hermanaban, en una disparatada y absurda rapsodia de sangre.

CAPITULO XVI

Toda aquella historia había finalizado.

Todo había concluido.

O mejor dicho, todo hubiera concluido en aquel preciso instante, a no ser porque Maxim dijera, sin más:

—Supongo que no les importará que se revisen sus respectivos dormitorios. Empezaremos por el de usted... —V miró a Mike.

Este, cogido de improviso, palideció hasta parecer un muerto. Un auténtico muerto.

—¿Qué sentido tiene lo que acaba de decir? —Quiso saber tío Edward—. ¿Qué significan sus palabras...?

—Eso, ¿qué significan...? —inquirió, a su vez, tía Grace.

—El asunto sigue sin estar claro —repuso Maxim—. ¿No se han dado cuenta de ello?

—No... —musitó tío Edward, pero de un modo vago.

—No... —repitió tía Grace, y su tono fue aún más vago.

Geraldine soltó una risita. Sus ojos lanzaban chispitas alegres, como de día de fiesta.

Por su parte, Rosemary parpadeaba. Al terror experimentado ante aquellos últimos acontecimientos vividos, ahora se sumaba una viva perplejidad.

¿Acaso no había ya concluido todo?

—Le ruego que nos dé una explicación, comisario —y la voz de Mike quiso salir entera, de una sola pieza, pero lo cierto es que brotó desencajada. Desencajada por sus cuatro flancos.

—El comisario Baker —dijo Maxim— no acusará a nadie mientras no esté completamente seguro de lo que dice. Por eso es preciso cerciorarse antes...

El comisario Baker hizo un gesto a dos de sus hombres, que ahora se hallaban tras él. Y éstos se dirigieron escaleras arriba donde no hacía mucho habíase producido la matanza infernal.

Pero ahora, la misión de ellos no estaba en aquel dormitorio, cuyo suelo se hallaba empapado de sangre, sino en los otros aposentos colindantes.

Al verles subir, Mike cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Cada vez más pálido y descompuesto, no sabía ciertamente cómo reaccionar.

Maxim le ayudó a hacerlo, aunque no precisamente de un modo favorable. Le hizo comprender que estaba perdido. Irremisiblemente perdido. Le bastó decir:

—Yo no soy el comisario Baker, y, con menos responsabilidad que él, sí me atrevo a acusar... ¡A usted, Mike!

—¿Qué dice, doctor Howard? —Pero su excitación era ya tanta, que se estaba delatando, sin necesidad de más pruebas.

—Lo que ha oído —su acento se hizo enérgico, vibrante—. ¡Le acuso a usted, Mike! ¡Ante todos!

—Pero ¿de qué...? —Quería encontrar una salida airosa, puesto que aún no existía ninguna prueba contra él—. ¿De qué me acusa usted, doctor Howard?

—¡De haber amputado las manos a su primo Paul! —exclamó Maxim, seguro de lo que decía—. Porque fue usted quien lo hizo, no su esposa, loca... ¡Le acuso también de haber echado vitriolo al rostro de Juliet Resmer y de Glenda Farr...! ¡De haber asesinado a Joe Kenddal, el joven que tocaba en la orquestina...!

Se vio totalmente desenmascarado. Le entró un pánico sin límites. ¡No iba a poder evitar que el castigo de la justicia cayera, implacable, sobre él! ¡A última hora, cuando creía que había salvado todos los escollos, surgía lo inesperado...!

Bajaba ya la escalera uno de los policías. Llevaba en las manos lo que había hallado, en un oculto cajón, en el dormitorio de Mike.

Lo puso todo allí cerca, sobre una mesa.

Una peluca de mujer, larga, de cabellos rojizos, y un vestido blanco, con volantes... Dos garfios de hierro... Y dos mascarillas de cera... Una era de mujer, y todos reconocieron en seguida, en aquel rostro, el de la condesa Maylor. La otra mascarilla de cera correspondía al del conde Maylor.

Viendo que ya todo era inútil, que había caído en la red, Mike se excitó hasta el paroxismo, y se puso a gritar como un verdadero poseso:

—Sí, fui yo. ¡Fui YOOOO...!

CAPITULO XVII

—A usted le corresponde ahora explicarlo todo, Mike —dijo seguidamente Maxim—. Pero creo que, por lo que a mí respecta, lo he adivinado ya...

—Pues hable usted, y no me haga hablar a mí —repuso Mike, mascullando entre dientes.

—Usted quiso matar al conde Maylor —prosiguió Maxim— para que la fortuna de éste fuera a parar a sus manos, ya que es bien sabido que Geraldine no está en condiciones de ser dueña ni de administrar nada. Además, la muerte del conde Maylor significaría, en lógica e inevitable carambola, que también llegara a ser suyo el dinero de tío Edward y de tía Grace. ¿Qué se le ocurrió para llegar a tal finalidad...? Hacerse pasar por Margaret, por la esposa loca... Buscando una buena ocasión, antes de que la ingresaran en una clínica psiquiátrica, haciendo que las luces de la casa se apagaran algún día de tormenta... Para eso tenía la peluca rojiza, un vestido blanco de mujer y esa mascarilla de cera, que, claro, no le había costado demasiado poseer... Usted estudió para escultor, ¿no es eso? Pues primero hizo su busto, luego construyó la mascarilla de cera... Los resultados podían ser sencillamente perfectos... Y en parte lo fueron... Aunque sólo en parte. Usted cogió la cimitarra y quiso matar a Paul Maylor... Pero estaba nervioso, excitado, y sólo le dio en la mano derecha, amputándosela... Luego volvió a alzar el arma y repitió el golpe... Pero, torpemente, sólo acertó a desposeerle de la otra mano... No, ya no pudo seguir asestando golpes, y huyó... Estaba al límite de su resistencia...

Se detuvo un instante. Había de proseguir en seguida, casi de inmediato.

—Seguidamente, buscó a Margaret, a la esposa loca... Tal como lo llevaba pensado... Apenas dio con ella, le puso la cimitarra en la mano... Estaba lo suficientemente loca y desquiciada para no saber si había sido ella o no quien había hecho aquello...

—Sí, sí —balbuceó ahora Mike, y sudaba copiosamente—, fue así. Exactamente.

—Cuando Paul Maylor decidió casarse con Juliet Resmer —siguió diciendo Maxim— comprendió que debía actuar de nuevo o todo estaba perdido para usted. Pero ya no se atrevía a enfrentarse directamente a su primo Paul, así que decidió organizado todo para que fuera otra persona, no usted mismo, quien acabara antes o después con la vida que tanto le estorbaba...

—Sí, sí... —repitió Mike.

—Arrojó vitriolo al rostro de Juliet Resmer y luego al de Glenda Farr, y a ambas las encerró en el pabellón, con espejos colocados por todas partes, para que al salir de allí se sintieran cegados por el odio y acabaran de una vez con quien creían su verdugo... Porque la policía terminaría dando con el pabellón, y ellas quedarían libres... En cuanto a Joe Kenddal, le mató porque husmeaba demasiado cerca y con demasiada astucia... En cuanto a Leopoldo, era la

persona que le había ayudado en todos sus planes... Como por ejemplo, queriendo quitarme a mí del medio, pero no me dio en la cabeza suficientemente fuerte... Como por ejemplo —repitió— queriendo matar a Rosemary... No, tampoco a eso se opuso... Leopoldo le obedecía siempre... Por descontado, usted, Mike, para sus maquiavélicas fechorías, siempre ha usado la mascarilla de Paul Maylor, y los dos garfios de hierro...

—Exacto, exacto —dijo Mike, asombrado. Ahora ya no podía menos que demostrar asombro—. ¿Cómo ha podido averiguarlo, doctor Howard?

—Me bastó con saber que Geraldine había resbalado por pisar un trozo de cera en la sala de armas... ¿Cera...? Pudo haberse desprendido de una mascarilla... Me bastó creerla cuando me dijo que su madre le había ayudado a levantarse... Sí, eso me ha bastado y sobrado para unir las piezas a este diabólico rompecabezas —sentenció.

—¡Queda usted detenido! —exclamó el comisario, y sacó a relucir las esposas.

—Siempre había recelado de algo —musitó dolorosamente tío Edward—. No sabía ciertamente de qué, pero ahora, desgraciadamente, ya tengo la respuesta...

—¡La culpa fue de esos malditos hongos de Huautla, ese rincón perdido de México! —Gritó, de súbito, Mike—. ¡Allí empezó todo! Dije que sólo los tomé en una ocasión, pero mentí, repetí una y otra vez hasta viciarme...

Y luego, ya de regreso aquí, me di al «Mandrax», una droga difícil de adquirir que, mezclada con alcohol, produce efectos eróticos... ¡Y necesitaba dinero para comprarla! ¡Lo necesitaba desesperadamente! ¡No podía prescindir de mi dosis...!

Mike se detuvo unos instantes, jadeante y sudoroso.

Pero, de pronto, dio un salto atrás, luego giró sobre sí mismo y se escapó de allí, a toda velocidad.

* * *

Maxim no quiso dejar la iniciativa al comisario Baker, demasiado rechoncho. Tampoco quiso dejársela a sus dos hombres, que le daban la sensación de no ser todo lo ágiles que requería el caso. Y echó a correr tras Mike.

Este se perdió entre las sombras de la noche, cerca de los linderos del bosque, pero Maxim sacó su pistola y disparó un par de veces por donde más o menos tenía que encontrarse.

—¡Entréguese, Mike! —exclamó, alzando la voz. Tenía, forzosamente, que oírle—. ¡No haga tonterías! ¡Una condena, por larga que sea, es mejor que un agujero en el corazón! ¡Siempre doy donde apunto, conque no intente escapar...!

Pero Mike no estaba para entregarse por las buenas. Y más que nada, porque quería vengarse de Maxim, el culpable de que todos sus planes se

hubieran ido abajo. ¡Le mataría!

El también llevaba encima una pistola. Le esperaría, pues, escondido tras cualquier matorral, aguardaría a que pasara y...

Pero cuando pasó por allí, Mike cometió el error de hacer un leve movimiento y de provocar un pequeño ruido. Maxim lo captó en el acto. Lo suficientemente pronto para tener tiempo de girarse.

En consecuencia, antes de que Mike pudiera disparar, Maxim lo había hecho ya.

Pero no disparó la pistola. No le hizo falta llegar a tal extremo. Bastó con un derechazo. Un derechazo fulminante, demoledor, que tumbó a Mike sin apelativos.

—Final del acto —dijo Maxim, al ver llegar al comisario Baker—. Ahora sí puede bajarse el telón.

CAPITULO XVIII

—Será difícil olvidar todo lo sucedido —dijo Rosemary Melly—. Ha sido demasiado horrible.

—Algo ha habido bueno, en medio de esta demencial historia —puntualizó Maxim—. Tú y yo nos hemos conocido.

—¿Y esto es importante?

—Lo más importante que ha sucedido en mi vida —aseguró él—. ¡Como que vamos a casarnos! Si tú quieres, claro...

—¡Oh, sí! Me encantará ser la esposa de un doctor, recibir a los pacientes, hacerles pasar a 1a sala de visita...

—¡Pero si yo no soy doctor! —y le explicó la personalidad que había suplantado, la de su hermano gemelo—. ¡Yo soy detective!

—¿Ah, sí...? —Pero el desconcierto no le privó de poder contestar—: Pues me encantará buscar sospechosos, huellas dactilares...

—¡A ti lo que te encantará, por lo visto, es casarte conmigo! —exclamó Maxim, riéndose.

—Has acertado —se rió ella también.

FIN